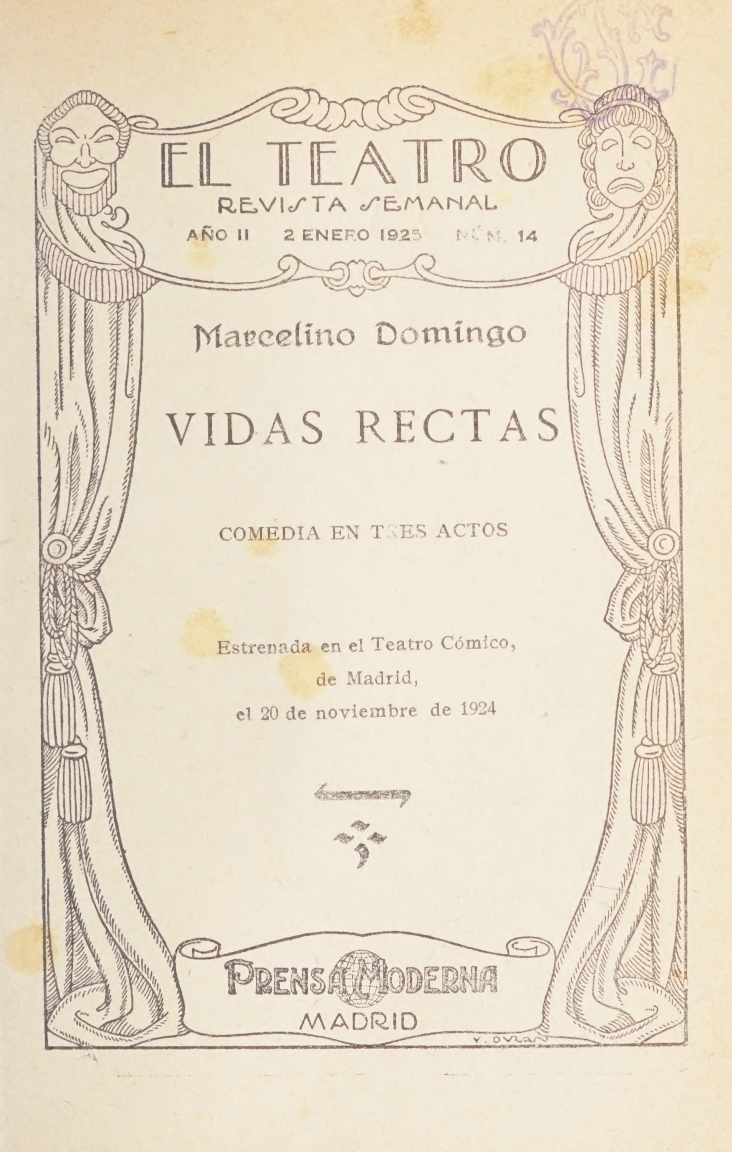

MARCELINO DOMINGO

VIDAS RECTAS

50 CÉNTIMOS



EL TEATRO

REVISTA SEMANAL

AÑO II 2 ENERO 1925 NÚM. 14

Marcelino Domingo

VIDAS RECTAS

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Cómico,

de Madrid,

el 20 de noviembre de 1924

PRENSA MODERNA

MADRID



IMP. SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21. - MADRID



MARCELINO DOMINGO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Laura Juana..............	Matilde Moreno.
Doña Dolores............	Dolores Soriano.
Angeles....	Eugenia Vera.
Tía Marta...............	Dolores González.
Tía María...............	Encarnación Mira.
Mujeres del pueblo........	Julia Calvo. Elena de la Ría.
Máximo	Ramón Martori.
Roque..................	José Morcillo.
José Luis................	Joaquín Castillo.
Don Rodrigo.............	José Sepúlveda.
Don Ramón.............	Pedro Navarro.
Tío Pablo................ Pablo..................	José Granja.
Juan José...............	Martín Puente.
Marco Antonio...........	Federico Chacón.
Hombres del pueblo.......	Antonio Estrada. Antonio Franco. Salvador Cuñat.

Un pueblo de Castilla, año 1924.



ACTO PRIMERO

Una sala grande de porte señorial en una casa antigua. Es cocina, comedor y despacho a un tiempo. En uno de los lados hay una vieja chimenea de campana. A su derecha, una mesa escritorio; a su izquierda, un alto banco de madera labrada. Puerta al foro que se abre al zaguán. Puertas laterales que comunican con distintas habitaciones. En las paredes lienzos con motivos religiosos. En uno de los ángulos un gran reloj parado. Entra el sol por una de las puertas. Es media mañana de un día de invierno.

ESCENA PRIMERA

DON RODRIGO, sentado a la mesa en un sillón frailero, repasa unos libros de cuentas. JUAN JOSÉ, frente a él, de pie, con la cabeza descubierta, consulta unos papeles que tiene en la mano. DOÑA DOLORES entra por una de las puertas laterales. DON RODRIGO es hombre de unos setenta años. JUAN JOSÉ es el administrador de la casa. DOÑA DOLORES es la esposa de DON RODRIGO. Viste de negro.

D.ª DOL. A las doce llega Laura Juana. Hay que mandar el carruaje a la estación.

D. ROD. Es pronto aún.

D.ª DOL. Está muy mal el camino. No podrá correr el caballo. Ayer volcaron tres carros cargados de leña...

J. JOSE. Sí que está mal. Es una vergüenza. Habría de exigirse al Municipio que cuidara más de estos servicios. Todos los caminos del término están intransitables. En mi tiempo...

D. ROD. Bueno; no nos distraigamos ahora con esto. Avisa que vayan con el carruaje a la estación y vuelve en seguida. *(Sale Juan José por la puerta del zaguán.)*

D.ª DOL. ¿Faltan muchos a pagar?

D. ROD. Más de las tres cuartas partes. Otros años, en tal día como hoy, ya habían cumplido todos. Ni uno solo quedaba en alto. ¿Ahora? Pero yo sé que todos han recogido su cosecha. Que muchos la tienen en su casa.

D.ª DOL. Tú tienes la culpa. Habrías de seguir el procedimiento de la Casa Abascal. Ir a la era, ir al monte. Y en la misma era, en el mismo monte, recoger tu parte. Se han reído de nuestra bondad, de tu abandono, de tu condescendencia. De esa caridad que no puede tenerse sino con aquel que sepa reconocerla y agradecerla.

D. ROD. No se reirán mucho. Yo te lo aseguro. Estoy sacando nota de todos los que tienen atrasos, intereses que abonar. El que antes de medio día no haya comparecido irá al Juzgado. Así lo arreglamos ahora con Juan José. *(Entra Juan José.)*

J. JOSE. Ya está. Engancha en seguida y en seguida sale.

D.ª DOL. ¿Voy yo a la estación?

D. ROD. Deberías ir. No me parecería bien que al llegar se encontrara Laura Juana sin nadie que la esperase. *(Sale doña Dolores.)*

ESCENA II

DON RODRIGO y JUAN JOSÉ.

D. ROD. Dame una lista de todos los que tienen pagarés, con nota del día de su vencimiento. Ya verás tú éstos. Dame otra lista de todos los que tienen anticipado dinero para compra de abonos. Dame otra lista de todos los que han quedado sin pagar el arrendamiento...

J. JOSE. Las tenía ya hechas, señor. Mire. Esta es la última. Setenta nombres.

D. ROD. ¿Son setenta los que aún no han pagado?

J. JOSE. Setenta, señor.

D. ROD. *(Consultando la lista.)* ¿Ese José Badía no es aquel que un hermano suyo está en presidio y que yo influí cerca de los jurados para que no fuera condenado a muerte?

J. JOSE. El mismo, señor.

D. ROD. Así agradece lo que hice por él. ¿Y ese Antonio Zamora no es aquel a quien presté dinero para que pudiera enterrar a su padre?

J. JOSE. El mismo, señor.

D. ROD. Si su padre levantara la cabeza maldeciría al hijo descastado. ¿Y ese Jerónimo Bel no es aquel a quien conseguí que quedara libre del servicio?

J. JOSE. El mismo, señor.

D. ROD. ¡También ése! La ingratitud es vicio de todas las almas.

J. JOSE. ¿La ingratitud? El egoísmo es más fuerte que la ingratitud, señor. Está más en la manera de ser de los hombres. A ésos les han dicho que las tierras serían suyas; que no pagaran ni un céntimo; que los propietarios no eran propietarios. Y, claro. ¿Quién se acuerda de gratitudes cuando pueden satisfacerse egoísmos? Todos ésos no ven ahora en usted al padre de los pobres, ni al señor influyente que puede y sabe hacer un favor. No. Ven únicamente al propietario de una propiedad que quieren pasar de las manos de usted a las manos de ellos.

D. ROD. Calla, calla. No hay uno solo, por malvado o por ambicioso que sea, que pueda creer seriamente esto.

J. JOSE. ¿Quiere decir, señor?

D. ROD. Ni uno. ¿Ignoran que la propiedad es mía, sólo mía? Que hay cien pergaminos que lo acreditan y mil testimonios que lo confirman. Que hay, sobre los pergaminos y los testimonios, mi palabra que lo dice. ¡Mi palabra! *(Don Rodrigo, de pie, da solemnidad religiosa a estas exclamaciones.)* Después de todo, esto sirve de lección, y en la vida necesitamos dolores que sean lecciones para saber cómo hemos de an-

dar por ella. Necesitamos dolores así que nos endurezcan el corazón, que nos hagan malos, que no nos ablanden el alma. ¿Dicen que la tierra es suya? Pues yo a todo el que lo diga voy a echarlo de la propiedad. Y voy a echarlo, sin mirar si es joven o viejo, si ha estado muchos o pocos años en ella. Voy a echarlo sin darle un día de plazo ni ponerle un céntimo sobre la mano. ¡Que reclame si se cree con derecho!

J. JOSE. Bien merecido lo tienen.

D. ROD. Y que se acuerden los que tengan memoria para acordarse de las cosas. El escarmiento fué para que no se hubiera incurrido nunca más en el pecado. ¿Sabes a qué me refiero?

J. JOSE. No sé, señor.

D. ROD. A lo del día de los tres muertos.

J. JOSE. No sé, señor. Seguramente no estaba yo aún aquí.

D. ROD. Fué un caso parecido a este de ahora. No sabemos quién vino a decirles a los apareros que no pagaran lo convenido a los propietarios. Que la tierra era de quien la trabajaba. Algunos lo creyeron así y siguieron el consejo al pie de la letra. Los propietarios, que tenían entonces más entereza que tenemos ahora, avisaron a los guardas, para que éstos les obligaran a pagar. Así lo hicieron éstos. Y a unos que resistían, los dejaron muertos a balazos en medio del campo.

J. JOSE. Así debería hacerse ahora.

D. ROD. Así se hará si los que están como yo quieren aconsejarse de mí. Yo te lo juro. Canalla inmunda arrancada a la miseria; canalla sin noción del deber ni concepto de la dignidad, nacida únicamente para ser bestia de carga: ¿quieres rebelarte? ¿Quieres encararte con quien te ha echado de comer, con quien te ha sostenido, con quien te ha hecho posible la vida? Ya recibirás tu pago. Espera. *(Don Rodrigo pronuncia estas palabras preso de una excitación febril. Engola la voz y alza los bra-*

zos al cielo. Juan José le sigue con los ojos sin atreverse a interrumpir.)

ESCENA III

Los mismos y un HOMBRE DEL PUEBLO.

Este HOMBRE DEL PUEBLO es un viejo de sesenta años. Lleva una manta al hombro. Sujeta las piernas del pantalón a la rodilla. Su cara es broncínea, tostada por el sol.

H. del P. ¿Hay permiso?
D. ROD. Adelante.
H. del P. Salud, señor. Venía a pagar.
J. JOSE. ¿Eres José Almeida?
H. del P. Y Rodríguez, sí, señor. Debo estar en blanco, porque no he dejado de pagar un solo año.
J. JOSE. Es verdad. Al corriente estás.
D. ROD. ¿No eres de la sociedad?
H. del P. No, señor.
D. ROD. ¿No han venido a buscarte para que te hicieras de ella?
H. del P. Sí, señor. Y hasta estuve en ella mes y medio. Pero no me gustó la manera de hacer las cosas y me salí.
D. ROD. Hiciste bien. Y ello te vale. Porque te advierto, y te lo advierto para que lo puedas decir bien alto por todo el pueblo, que aquellos que no paguen hoy antes que en el reloj de la iglesia den las doce del día, irán fuera de las tierras.
H. del P. Pues son muchos, según he oído, los que van a negarse.
D. ROD. Pues serán muchos también los que quedarán en la miseria.
H. del P. ¡Válgame Dios! ¡Con tanto como les ha costado a algunos de ellos hacer que la roca pelada se convierta en tierra de cultivo!
D. ROD. No hubiesen cuidado de otra cosa que del trabajo y de la obediencia a las leyes...
H. del P. Es que tal vez han estado mal aconsejados

D. ROD. Mal aconsejados y bien aconsejados... Porque nuestra palabra invitándoles a la reflexión también ha llegado a ellos. No han querido oírla. Han preferido andar por el atajo, en vez de seguir por el camino llano. Que anden. Ya verán por dónde se derrumban.

H. del P. ¿Y no hay remedio?

D. ROD. Sólo uno. Que paguen. Y que paguen antes que el sol esté sobre nuestras cabezas. *(Queda un momento en silencio. Todos, con los ojos bajos, parecen obsesos por un mismo pensamiento.)*

J. JOSE. ¿Qué debes tú?

H. del P. Mire. *(Pone la mano en el pecho, dentro de la camisa. Saca una gran cartera de cuero. De ella extrae papeles.)* Esta es la lista de las aceitunas. Cobrado: ciento ochenta duros. Corresponden ciento veinte al señor y sesenta a mí. *(Desdobla la faja. Coge el dinero. Lo cuenta y lo da.)* Esta es la lista del trigo. Cobrado: doscientos duros. Corresponden ciento treinta y cuatro duros al señor y sesenta y seis a mí. *(Hace la misma operación de pago.)* Ahora aquí hay aún cincuenta pesetas de las yerbas y cincuenta pesetas con quince céntimos de rédito que hace tres meses me prestó el señor. Aquí está todo.

J. JOSE. Espera. Te lo firmaré.

H. del P. Yo quisiera decirle al señor una cosa.

D. ROD. Habla.

H. del P. Ya sabe el señor dónde está mi tierra. En un desierto. Para llegar allí necesito casi un día. Por esto, sólo bajo al pueblo una vez al mes. Mi mujer y mis hijos pasan allí la vida conmigo. Sabe el señor que hace dos años aquella tierra era yerma y roca viva. Que con nuestro esfuerzo, trabajando día y noche, hemos conseguido que arraiguen cuatro árboles. Con lo que nos queda no podemos vivir. Pasamos hambre. Si viene una enfermedad no tenemos para médico ni para medicinas.

D. ROD. ¿A qué viene tanta historia?

H. del P. A que si fuera posible rebajar el arrendamiento haría usted una buena obra de caridad. Ahora son dos partes para usted y una para mí. Podría usted condescender, señor. Han condescendido otros propietarios... La mitad usted y la mitad yo. A usted, unos duros menos, no le causan ningún trastorno. A mí, unos duros más, me son la vida. Hágalo.

D. ROD. No. No puede ser. Primero: que esto es ya costumbre de mis padres y yo no quiero quebrantar las costumbres de la casa. Segundo: que yo lo necesito todo para mí. Tercero: que si transigiera ahora dirían que son blanduras, debilidades, reconocimiento de una razón para no pagar. Cuarto: que sois un atajo de ingratos que no merecéis piedad. Que no reconocéis los servicios que se os prestan.

H. del P. Es que así no puedo vivir.

D. ROD. Deja la tierra. Trabaja en otra cosa.

H. del P. ¿A mis años?

D. ROD. No hay años cuando hay necesidad.

H. del P. Es...

D. ROD. Basta de discusión. ¿Has pagado? ¿Tienes recibo? Pues nada más. Hasta el año próximo. Vé con Dios.

H. del P. Quede con Dios el señor. Pero piense que yo no merezco un trato así. Que yo he cumplido siempre. Quizá más de lo que la justicia manda cumplir.

D. ROD. Con Dios he dicho. *(Al oír el grito de don Rodrigo, el Hombre del Pueblo da media vuelta y desaparece rápidamente por la puerta que comunica con el zaguán.)*

ESCENA IV

DON RODRIGO, JUAN JOSÉ, DON RAMÓN y JOSÉ LUIS.

DON RAMÓN es otro propietario rico: viste bien, pero desgarbadamente. Lleva en la cabeza un ancho sombrero de fieltro. JOSÉ LUIS es un muchacho de treinta años: tie-

ne la carrera de abogado. Es el que da a los propietarios procedimientos legales para someter a los trabajadores. Resaltan en su cara unos bigotes negros de guías acaracoladas y unos inmensos lentes con montura de concha negra.

D. RAM. } J. LUIS. } Buenos días.
D. ROD. } J. JOSE. } Buenos días.
D. RAM. ¿Ese que salía, ha venido a pagar o a protestar?
D. ROD. A pagar.
J. JOSE. Y a protestar un poco.
D. ROD. Sí; pero ante todo a pagar.
D. RAM. ¿Han pagado muchos?
D. ROD. Pocos. Enséñale la lista, Juan José.
D. RAM. ¡Qué escándalo! Yo ya lo he resuelto. Ayer mismo presenté al Juzgado la petición de desahucio de cincuenta aparceros. Irán a la calle sin contemplación. Que se mueran de hambre.
D. ROD. Lo mismo haré yo. Tú, Luis, te encargarás de ello. ¿Cuántos días puede tardarse en resolverse?
J. LUIS. Pocos. Porque esto tiene su término en el Juzgado de instrucción y tenemos la ventaja de que, sobre ser de justicia lo que pedimos, el juez es muy amigo mío. De modo...
D. RAM. Yo voy a volverme loco. Figúrese usted que de sesenta y dos aparceros sólo han pagado doce. La pérdida enorme que ello representa para mi casa. Millares y millares de pesetas. Pero esto es aún lo de menos. Lo que más llega al alma es este atentado a la propiedad. Este atropello al derecho nuestro. Esta sublevación irreverente de la canalla. Esta anarquía... Y dicen que quien lleva la dirección de todo es Máximo, el hijo de Pablo, el viejo criado de esta casa.
D. ROD. ¿Máximo?
D. RAM. Es el presidente. Si esto fuera cierto, sería cosa

de que usted le hablase, le obligara. Bonito estaría que usted hubiera dado pan a toda su familia y que él ahora se alzara contra sus protectores. No habría pena bastante para un delito semejante. Echarlo de casa sería poco. Sería preciso inventar una pena cruel para aquellos que cometen el pecado de la ingratitud.

D. ROD. Me enteraré si es Máximo.

J. JOSE. Es... Es...

D. ROD. ¿Lo sabes tú?

J. JOSE. Lo sé por él mismo. Me lo dijo el otro día cuando yo recriminaba la actitud de los aparceros. Me lo dijo él, poniendo en sus palabras toda el alma.

D. RAM. Si yo lo sé también por buen conducto. Sé que en las reuniones es él el que lleva la voz cantante; el que dice lo que cada uno ha de ser y ha de hacer. Es lo que entre ellos llaman el presidente de la Agrupación.

J. JOSE. Yo sé más. Yo sé que ha dejado algunos días de ir al campo para estar en la Sociedad escribiendo y haciendo números.

D. ROD. ¿Ha dejado el trabajo?

J. JOSE. Ha dejado el trabajo.

D. ROD. Así lo sabrá su padre. Llámalo.

D. RAM. ¿Usted tiene confianza en el padre?

D. ROD. Absoluta. Lo tengo a mis pies desde que nació. Es un perro. Es mi perro.

ESCENA V

Los mismos y PABLO.

PABLO es el tipo del viejo criado, fiel y trabajador. Del hombre que ha dejado de ser hombre, para convertirse en perro de otro hombre. Tiene unos sesenta años. Parece mucho más viejo. El cabello es todo blanco. La cara está toda cruzada de arrugas. La barba, sin afeitar, da a la cara un aspecto más miserable. Viste desastrosamente. Pantalones, camisa y faja, son jirones de ropa. Habla

mordiendo las palabras. La cabeza está siempre baja, como de hombre acostumbrado a obedecer siempre, a estar sometido siempre a la voluntad de otro hombre.

PABLO. Señor. ¿Llamaba?
D. ROD. Sí. Ven. Ven más cerca. Más cerca. Levanta la cabeza. Mírame a los ojos. Mírame a los ojos. Como pueden mirar los hombres que dicen la verdad.
PABLO. Señor: yo nunca he mentido.
D. ROD. Mírame a los ojos. Yo, que ya voy dejando de creer en todo, quiero ver en ti si puedo creer en lo que tú me digas.
PABLO. Señor. ¿Por qué estas dudas en mí? Habría de costarme la vida decir una verdad a usted y no diría la mentira, diría la verdad. Fuimos así los míos. Yo soy así. Seremos siempre así los de nuestra casta.
D. ROD. Que habéis sido, me consta a mí. Habría puesto yo la mano en el fuego por los tuyos. Que lo has sido tú, lo he creído hasta hoy.
PABLO. ¡Señor!...
D. ROD. Que lo seréis... Que lo seréis, casi lo niego.
PABLO. ¡Señor!...
D. ROD. Mírame. Oyeme bien y contesta a lo que yo te pregunte. Tú sabes que los aparceros han formado una Agrupación contra los propietarios, contra nosotros...
D. RAM. Que la canalla se ha levantado contra los señores...
D. ROD. Que los miserables arrancados a la miseria por nuestra caridad han alzado la mano, que sólo había de haber servido para coger la azada y para bendecirnos. ¿Qué, lo sabes?
PABLO. Han llegado hasta mí noticias, rumores...
D. ROD. ¿Y han llegado a ti las noticias de que yo este año apenas he recibido un céntimo? ¿Y han llegado a ti las noticias de que vamos a echar de las tierras a todos? ¿Y han llegado a ti las noticias de que el que ha movido y armado y enredado todo esto ha sido tu hijo?

PABLO. ¿Máximo?

D. ROD. Máximo. ¿Ha llegado a ti la noticia?

PABLO. Señor: Por el nombre de mi madre; por el respeto sagrado que tuve a vuestro padre, yo juro que ignoraba esto de mi hijo. Y juro más. Y lo juro mirando fijo a fijo en vuestros ojos. Juro que si mi hijo es el que ha alucinado a los aparceros, es el que ha dicho que no debían pagar, sobre mi hijo caerá la maldición de este padre. Lo juro poniendo en cruz los dedos y besando en la cruz.

D. ROD. Te creo.

D. RAM. Te creemos.

PABLO. Pero no basta que me crean. Quiero que vean, y que vean en seguida. Máximo ha de venir esta mañana. No quiero hablarle a solas. He de hablarle frente a usted, oyéndonos usted.

D. ROD. No quiero, si es él el que lo ha hecho, que trates de disuadirlo. Su mal no puede enmendarse. Ha de castigarse aun habiendo arrepentimiento. Si es él, que salga inmediatamente de esta casa. Que rompa contigo toda relación. Que no se acuerde en la vida de que hubo pan y techo para los suyos y para él. Si es él, que marche para siempre de esta tierra, porque en esta tierra sólo habrá hambre para los rebeldes.

D. RAM. Díselo. Y díselo para que él se lo diga a los demás. ¿Han pretendido los pobres acabar con los ricos? Pues los ricos, que hasta ahora les han dado trabajo, van a ir contra los pobres.

PABLO. Los pobres que van contra los ricos no merecen perdón de Dios. Y si es mi hijo uno de estos pobres, tampoco este hijo merecerá perdón.

D. ROD. Creí yo siempre en ti. Sé que no te vendes. Eres fiel como lo fué tu padre; como lo son todos los hombres de bien. Eres lo único que deben ser en la vida aquellos que no han nacido con medios para ocupar posiciones elevadas. Trabajadores disciplinados y no sólo resignados, sino contentos de su trabajo.

PABLO. Señor: yo quiero ser más que su criado. Yo

quiero ser lo que he sido siempre: su perro. El perro celoso que le defienda y le guarde.

J. JOSE. Así. Así...

PABLO. El perro que muerda a quien piense hacerle daño. Aunque quien quiera hacerle daño sea mi hijo.

D.ROD. Así quiero verte. Así deseaba y esperaba yo que te vieran estos señores. Vete ahora y vuelve cuando vuelva Máximo. Tú y yo le hablaremos. *(Sale Pablo.)*

ESCENA VI

Los mismos, menos PABLO.

D. ROD. Ese hombre habla honradamente. Yo le conozco y le creo.

D. RAM. Yo también. Pero yo no me fío de estas gentes. Tienen cazurrería, reserva, dos caras. Aparecen ante nosotros como corderos y detrás de nosotros son lobos que nos devoran. Un criado que yo tenía hace una infinidad de años ha sido el primero que he tenido que despedir.

J. LUIS Yo digo como don Ramón. Ni uno de ellos es de fiar. Yo que he de tropezarme con ellos por los Juzgados, sé cómo son. Saben lo que deben hablar y lo que deben callar. Son maestros en el arte del disimulo y de la cuquería. Tal vez una tradición de servidumbre ha ido clavándoles en su alma todos estos vicios; pero lo cierto es que son así.

D. ROD. Sean como sean, yo creo en Pablo. Tengo pruebas de su lealtad y de su devoción a esta casa y a mí.

D. RAM. Lo que habría de averiguarse es de dónde vienen esos aires que los mueven a todos en un sentido anárquico, irreverente, destructor. Porque de ellos no ha nacido pedir lo que piden y adoptar las actitudes que han adoptado. Parece que los inspira un genio infernal.

J. LUIS. Son aires de fuera. ¿No ven todo el Mundo cómo se descompone? Vienen al suelo los pilares de la antigua sociedad. No hay Dios, no hay Patria, no hay propiedad. No hay propiedad, sobre todo. Los derechos más sagrados, más firmes, son desconocidos, son atropellados. Y como en estos países, que debieran ser ejemplo de orden, de austeridad, se da ejemplo de todo lo contrario, el daño se extiende. Son aires de fuera los que han levantado tempestades en la paz de este pueblo.

D. ROD. ¿Y qué hacer?

J. LUIS. ¿Qué hacer? Formar el cuadro. Adoptar la ofensiva. En todas las locuras revolucionarias han sido los pueblos pequeños, callados, los que han conservado la cordura, los que, si han tenido constancia, han reconstituído lo que derruyó el odio de las gentes. No hay que acobardarse. Al contrario. El peligro fortalece las almas fuertes. ¿Tenemos razón? ¿Es justa nuestra actitud? ¿Defendemos la verdad? Pues adelante. Y adelante sin ceder, sin transigir. Adelante, sin piedad. Sin piedad. Que la piedad es un vicio cuando la virtud ha de ser la entereza.

D. ROD. ¿Y si les llamáramos para discutir? ¿Si buscásemos antes los medios de abrirles los ojos, de hacerlos ver la verdad?

D. RAM. No, no.

J. LUIS. No. Se reirían de nosotros. No. La transigencia parecería debilidad. Y el convencimiento de nuestra debilidad les daría a ellos la seguridad de su derecho. En vez de ceder, atacarían con más fuerza. No.

D. ROD. Entonces no hay otro camino que la guerra sin cuartel.

J. LUIS. No hay otro. Es amigo nuestro el juez. Tenemos a nuestro servicio al diputado, que podrá acercarse al ministro y obligarle a que envíe fuerza pública. Tendremos ésta a nuestra disposición para lo que sea conveniente. Para que

los detengan. Para que les impida la entrada a la finca. Para que aten codo con codo al que encuentren con una herramienta de trabajo. Para que disparen y maten si es preciso... El escarmiento en unos será lección en todos.

D. ROD. Es doloroso.

J. LUIS. Es doloroso, sí. Es doloroso desencadenar la guerra civil en el pueblo. Ir unos contra otros. Pero no hemos sido nosotros quienes hemos promovido el conflicto. Han sido ellos.

D. RAM. Sí. Ellos. Nosotros bien tranquilos vivíamos y bien tranquilos les dejábamos vivir. A pesar del encarecimiento escandaloso de la vida, no les subimos el arrendamiento. ¿No es así? El año pasado, cuando la inundación les causó tantos destrozos, yo di a mis aparceros el plazo que quisieron tomarse para el pago del arrendamiento. ¿No lo hicieron todos igual?

D. ROD. Yo también

J. LUIS. Y mi padre también.

D. RAM. ¿Qué querían más? Eran ya las tierras más de ellos que nuestras. Tenían toda la libertad.

J. LUIS. Es que no vivir como quieren les parece una fatalidad contra la que deben rebelarse aquellos que no saben vivir como deben.

D. RAM. Yo no me amedrento ni me detengo. Siego la cizaña que ha nacido entre las espigas y espero en Dios.

D. ROD. En Dios sobre todo hay que esperar, porque los hombres ya vamos siendo impotentes para remediar los males que los mismos hombres hemos creado.

ESCENA VII

Los mismos, DOÑA DOLORES, LAURA JUANA y MÁXIMO.

LAURA JUANA tiene veinte años. Hay ensueños y luz en el fondo de sus ojos. Se ha educado fuera de España. Ha visto mundos y tiene para las nuevas realidades so-

ciales una comprensión más humana que la de sus padres. Viste un sencillo traje de viaje. MÁXIMO es, física y espiritualmente, un hombre fuerte.

MAXI. *(Entrando con unos paquetes.)* Estos paquetes son de la señorita Laura Juana. ¿Dónde he de ponerlos?

D. ROD. Entralos allí. *(Señalando una de las puertas laterales, por donde sale Máximo.)*

D. RAM. ¿No es este Máximo el presidente?

D. ROD. Este es. *(Entran doña Dolores y Laura Juana.)* ¡Hija mía! *(Padre e hija permanecen largo tiempo abrazados.)* Es don Ramón... A ése no te le presento...

LAURA. ¿Don Ramón? ¡Ah! Sí. Don Ramón. El de la plaza... ¿Y Juanela?

D. RAM. Juanela, murió.

LAURA. ¡Pobre Juanela! Tanto como habíamos jugado juntas. Tanto como yo deseaba verla... Luis... Has envejecido. Has adelgazado. Tu retrato y tú son dos cosas completamente distintas. *(Luis, turbado, no contesta.)*

D. ROD. Hace hoy cuatro años, cinco meses y quince días que saliste de casa. Vuelves hecha ya una mujer, Laura Juana.

LAURA. Has contado bien el tiempo... ¡Cuántas cosas en estos años! Mamá no ha cambiado. Tú, sí. Tú tienes ya esa cabecita llena de canas y esa carita llena de arrugas. ¿Te duele que te lo diga?

D. ROD. No; porque dices la verdad. Más viejo y más gastado todavía está mi corazón.

LAURA. ¡Bah! Preocupaciones tuyas. ¿Y yo, cómo estoy? ¿Cómo me veis a mí?

D. ROD. Tú has pasado de niña a mujer. Has crecido lo menos un palmo. Antes me llegabas aquí; mira ahora: me pasas dos o tres dedos. Los ojos han cambiado un poco el color. Eran verdes cuando te fuiste, y ahora son negros como la endrina. Las facciones de la cara han variado algo. Tienes más pronunciadas las comisuras

de la boca; la nariz es más graciosa. La voz tiene también otro tono. Era chillona, gutural. Ahora es armónica, suave.

D. RAM. Eres una real moza...

LAURA. ¡Por Dios! Me avergonzarán entre unos y otros... Yo por fuera me encuentro igual que cuando me fuí.

D.ª DOL. Lo que falta saber ahora es si has cambiado igualmente en lo más esencial: en carácter, en educación...

LAURA. En esto sí que creo ser otra mujer. Otra de la que era. Otra muy distinta a la que era. Antes era tímida; ahora soy resuelta. Tal vez demasiado resuelta. Antes no sabía nada de nada; ahora sé un poco de las cosas y tengo un afán loco por saber mucho... Antes creía que el mundo terminaba en las murallas que cierran este pueblo y en las montañas que se levantan allá en el horizonte; que yo, por ser quien era, era una cosa muy grande en este mundo; ahora sé que el mundo está por encima de esas montañas y por encima de nosotros, y que nosotros, todos nosotros, somos una cosa muy pequeña en este mundo.

D.ª DOL. Que cuanto has aprendido sea para bien de tu alma y para gloria de Dios.

LAURA. Así será, mamá. *(A Máximo, que ha ído entrando a la misma habitación paquetes grandes y pequeños.)* ¿Ya está todo?

MAXI. Todo, señorita.

LAURA. ¿Tú eres Máximo, el hijo de Pablo?

MAXI. El mismo.

LAURA. ¿Te acuerdas de cuando jugábamos?

MAXI. Me acuerdo, sí.

LAURA. ¿Has cambiado mucho?

MAXI. Mucho. He estado en América. He guerreado también como voluntario en las trincheras de Francia.

LAURA. ¿Tú?

MAXI. Yo, señorita.

LAURA. No pensaba yo que tuvieras tan abiertas las alas...
MAXI. Infeliz aquel que no ponga empeño en volar, y en volar muy alto...
LAURA. No te conozco...
D. ROD. Ni quieras conocerlo... Es un loco.
LAURA. ¡Infeliz, digo yo ahora, de aquel que no lleve en su espíritu un grano de locura!
D.ª DOL. No hables más. Querrás lavarte. Cambiarte de ropa. Vendrás con apetito.
LAURA. Sí... ¿Tengo el mismo cuarto de antes?
D.ª DOL. El mismo, y de la misma manera que estaba.
LAURA. Adiós, don Ramón. Luis...
J. LUIS. ¿No me has dicho aún una palabra?
LAURA. Te lo he dicho todo con los ojos... *(Da la mano a todos y se va con doña Dolores.)* Vamos, mamá... Encuentro triste esta casa. Os encuentro tristes y serios a todos.
D. ROD. *(A Máximo, imperativa y secamente.)* Tú, quédate.

ESCENA VIII

Los mismos, menos Doña Dolores y Laura Juana.

D. RAM. ¿Nos vamos nosotros?
D. ROD. No. Quiero que oigan lo que le digo a ese descastado, a ese desagradecido, a ese hombre de poca fe y de mala alma.
MAXI. ¿Es a mí todo esto?
D. ROD. ¿Y a quién ha de ser sino a ti? Mira la cara de los otros y contesta si a alguien más puedo decírselo. Mírate a la conciencia y dime si no te lo debo decir a ti.
MAXI. No he de mirar la cara a nadie. Pero miro hasta el fondo de mi conciencia, y por ser usted quien es, no quiero decirle que no tiene usted derecho a hablarme así... Pero sí quiero decirle que no tiene usted razón en llamarme todo lo que me ha llamado.

D. ROD. ¿Que no? Oyeme. *(Con trémula indignación.)* ¿Sabes cuántos aparceros han venido hoy a entregarme el valor del arrendamiento, el valor de lo que ante Dios y ante las leyes tienen el deber ineludible de pagar? ¿Sabes cuántos?

MAXI. No lo sé.

D. ROD. Pues apenas ha venido una tercera parte. Una tercera parte, ¿lo oyes? ¡Una tercera parte! Los demás se han negado... Se han quedado con lo mío. Me han robado lo que debían darme. Me han robado, como si fueran ladrones, salteadores de camino... Me han robado, ¿lo oyes bien? Me han robado...

D. RAM. Y a mí me ha sucedido lo mismo.

MAXI. ¿Y no saben ustedes si esos hombres a quienes ustedes llaman ladrones se creen con derecho a poseer esto que ustedes afirman les debían entregar?

D. RAM. ¿Derecho? ¿Ha dicho derecho? Todo castigo será poco para vosotros.

J. LUIS. Ya dirá el juez y la fuerza pública el respeto que merece este derecho anárquico...

D. ROD. ¿Ha dicho derecho delante de mí? Delante de mí, que sabe que su abuelo trabajó mi tierra y que su padre ha nacido en mi tierra y la ha trabajado, y que él, desde que nació, ha estado en mi tierra comiendo, viviendo... ¿Ha dicho derecho delante de mí, que mi tierra ha sostenido a tres o cuatro generaciones de esa casta despreciable?

MAXI. Casta despreciable, ¿por qué?

D. ROD. Porque lo es... Hubo un hermano de tu padre, ratero de oficio: ratero. Tu abuelo, el padre de tu madre, estuvo en presidio por asesinato: asesinó, mató a otro hombre... ¿Quieres salir aún en defensa de los tuyos? La única defensa que tienen es que el ratero y el asesino tuvieron mejor alma que tú.

MAXI. No me importa lo que hay en mis antepasados, como no me interesa saber si en los antepasados de usted murió alguien en la cárcel... No

se irrite, señor... He dicho que no me interesa. Lo que solamente me interesa es saber quién soy yo. Y yo sé que mi linaje no acaba en mí, sino que en mí comienza.

D. ROD. ¿Orgullo además?

MAXI. No sé si orgullo. Tal vez el convencimiento de que cada uno es hijo de sus obras.

D. ROD. ¿Y tú crees que tus obras son buenas?

MAXI. Creo que son mis obras...

D. ROD. Pues tus obras te han cerrado para siempre las puertas de esta casa. Aquí comieron tus abuelos; aquí ha comido y come tu padre; aquí has comido tú hasta hoy. Pero sólo hasta hoy... No esperes de esta casa ni un palmo de techo, ni una gota de agua... Recoge lo que tengas, pero recógelo delante de alguien que yo indique para que no te lleves nada que no sea tuyo, y no te acuerdes en la vida que aquí estuviste.

ESCENA IX

DICHOS, PABLO y luego LAURA JUANA.

PABLO. Señor... Sabía que estaba ése aquí.

D. ROD. Acabo de echarlo de casa.

PABLO. ¿Has oído?

MAXI. He oído palabra por palabra todo lo que ha dicho...

PABLO. ¿Has oído y no has caído de rodillas y no has besado los pies de quien es más que tu padre?

MAXI. Yo tengo a esta casa todo el cariño que se tiene a la casa donde se ha nacido. Quiero a don Rodrigo por ser quien es, por haber crecido junto a él, por haberme hecho hombre junto a él... Pero, reconocimiento y cariño no quiere decir sumisión, esclavitud... Así como don Rodrigo, con los que son de su condición social se defiende, yo he de unirme con los que son de mi condición social para defenderme también.

PABLO. ¿Para defenderos de qué?
MAXI. Para defendernos de la vida que ha vivido usted, y que quisieran viviéramos nosotros, y para conseguir una vida más digna de ser vivida...
PABLO. No acabes... Cortas la mano que te dió pan. Alzas la cabeza frente a quien te hizo hombre.
MAXI. No, padre, no.
PABLO. Aquí sólo hay una explicación. Tú eres el presidente de los aparceros; oblígalos a que paguen lo que deben o déjalos.
MAXI. No es justo obligar a nadie a lo que no es de justicia, ni quiero dejarlos...
PABLO. Entonces, vete... Don Rodrigo te echa de su casa. Yo te echo de mi alma. Vete. No eres mi hijo. Reniegas de mí.
MAXI. No reniego. Sigo otro camino.
D. RAM. Camino de perdición.
MAXI. O camino de redención.
LAURA. *(Saliendo.)* ¿Qué son esos gritos? ¿Qué son estas caras?
D. ROD. Había nacido la cizaña entre el trigo y la he arrancado de raíz.
D. RAM. Había socorrido a galeotes y le han pagado a palos.
LAURA. No entiendo. *(Mirando extrañada de un lado a otro.)*
J. LUIS. Ven, Laura Juana. Yo te contaré la verdad. Mira...
MAXI. Oiga usted, Laura Juana. Usted ha corrido mucho; ha salido de aquí. Oiga la verdad, que yo...
D. ROD. ¿Cómo te atreves a dirigirte a mi hija, a hablarla? ¿Qué te he de decir más para que te vayas? ¿Qué más te he de escupir en la cara para que comprendas todo el asco, el desprecio que me inspiras? ¿Es que para que entiendas que te echo, necesitas que coja un palo?...
PABLO. Lo cogeré yo, señor, y seré yo, su padre, quien le dé a entender... *(Hace ademán de buscar un palo, una silla, para blandirlo contra Máximo.)*
MAXI. Conténgase... Cálmese. Ya me voy. Me voy sin

rencor y sin dolor. Yo quisiera que usted, don Rodrigo, no se sintiera tan alto, y que usted, padre, no se creyera tan bajo... Que se vieran hombre uno y otro y que habláramos... Que habláramos con el espíritu tranquilo. *(Don Rodrigo y Pablo hacen gestos de lanzarse a él.)* No lo intento... Pero que no se acerque nadie, porque si alguien me pone la mano encima, no miraré quién sea y le responderé de la misma manera.

PABLO. ¡Fuera! *(Se abalanza sobre él con la mano en alto. Máximo se la agarrota con su mano.)*

MAXI. No me alce usted la mano, padre, que no lo merezco. *(Juan José se acerca a Máximo con propósito de agredirlo. Máximo lo aparta violentamente.)* ¡Arre tú de aquí, servil, miserable! No he cometido ningún delito y puedo marchar de aquí con la frente muy alta. Queden en la paz de Dios, si la paz de Dios es posible ya en esta casa. *(Todos se abocan a la puerta para agredir y befar a Máximo. Este desaparece. Laura Juana, con los ojos, con las manos, con la actitud, interroga a unos y otros. Su gesto es de sorpresa y de dolor, ante el insólito espectáculo que contempla.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Una casa abierta en la roca viva, bajo tierra, alumbrada únicamente por la puerta de entrada y aireada por una chimenea que busca en el exterior el nivel del suelo. No es la única casa así. Todo el barrio, de la gente pobre, tiene la misma traza arquitectónica y es igualmente subterránea. Es más una cueva, que una habitación; más una guarida que un refugio. Hay en un rincón instrumentos de trabajo; dos o tres sillas bajas, viejas; una mesa, y en unos anaqueles algunos platos y vasos. Todo es pobre y escaso, pero está limpio. En las paredes hay algunas litografías con imágenes de santos.

ESCENA PRIMERA

TÍA MARTA, TÍA MARÍA, ANGELES y MUJERES DEL PUEBLO, pobremente vestidas, más aviejadas por los dolores que por los años. EL ABUELO, una ruina humana envuelto en jirones de ropa. El abuelo es un anciano de ochenta años, afásico, hemipléjico; se acurruca en un rincón, apoyado en un palo, y destaca, sobre todo, su enorme cabellera blanca. Asiste así insensiblemente a cuanto pasa en torno.

MARTA. *(Entrando.)* ¿Está mejor?

MARIA. Está igual. Hasta ahora no se puede decir nada. El médico sigue dando esperanzas.

MARTA. Dicen que le han encontrado otra bala.

MARIA. No; sólo tiene la del vientre. Tiene ya bastante con una, el pobre. Se ve que le dispararon casi estando encima, a quemarropa.

MARTA. ¡Pobre! Si vive, que Dios lo quiera, le quedará ya recuerdo para toda la vida.

ANG. Escarmentado debería quedar.

MARTA. ¿Escarmentado de qué?

ANG. De esto. De meterse donde nadie le mandaba. Quien no quiera polvo que no vaya a la era. Nada se le había perdido a él en la calle.

MARTA. No, eso no. Estaba en la calle con sus amigos, acompañando a sus amigos.

ANG. Muchos de sus amigos estaban bien metidos en su casa. Yo lo sé bien. ¿Estaba Juan, el de la esquina? ¿Estaba Roque, el de la encrucijada; estaba Antonio? A fin de cuentas: ¿estaba Máximo, que es quien ha puesto la guerra en el pueblo y ha comprometido a tantos hombres y él es el causante de todo?

MARTA. No sé.

ANG. Máximo no estaba.

MARTA. Máximo estaba. Estaba casi pegado a mi hijo cuando éste cayó herido.

ANG. ¿Quién te ha dicho que estaba?

MARTA. Máximo mismo.

ANG. ¡Qué va a decir él! No estaba. Yo le vi momentos antes de oírse los tiros, entrar apresuradamente en casa de don Rodrigo. Me quedé en la puerta para ver cuando salía y no le vi salir.

MARTA. Esto es querer hablar mal de él sin motivo.

ANG. No. Esto es decir la verdad. Máximo es un mal trabajador y un loco. Lo ha sido siempre. Cuando era chico se le quitaban las locuras y se le hacían entrar las ganas de trabajar a palos. ¡Los que le lleva dados su padre, que ese sí que es un santo! Ahora que es mayor, las locuras se le han avivado y ha satisfecho sus propósitos de no trabajar con esos dineros que les saca a los tontos como tu hijo para que les arregle las cuentas y les llene la cabeza de humo y les lleve a esas violencias de ahora, que Dios sabe cómo acabarán... Si vale tanto como dicen los bobos que le hacen coro, que se vaya a la ciudad a brillar, y que nos deje aquí en el pueblo en paz.

MARTA. Yo no digo que sea malo. Me parece que no lo es. Sus palabras, por lo menos, son buenas... Ahora que sí digo que la gente no está para todo eso de que él les habla. A mí también me da miedo ver cómo de algún tiempo a esta parte se ha puesto el pueblo. Me asusta pensar en la miseria que hay en las casas y en el odio

que llevan en el alma todos los que van siendo lanzados de las tierras... Hay quien salió de las tierras hace más de un mes llorando lágrimas de fuego, y hoy ya no tiene pan para llevarse a la boca.

MARIA. No; esto no. Porque la sociedad les pasa cuatro reales diarios.

ANG. Con esto se hartarán.

MARIA. No se hartarán. Pero no se morirán de hambre. Algunos de ellos se han pasado mucho tiempo sin siquiera tener esos cuatro reales.

ANG. ¿Pero el dar esos cuatro reales, qué tiempo durará?

MARIA. El que dure. Cuando acaben el dinero de aquí recibirán de fuera.

ANG. Sí. De fuera... Fuera es donde habrán de irse todos, porque los propietarios no cederán.

MARTA. Algunos sí, porque a ellos tampoco les va bien que las tierras se queden yermas.

ANG. Algunos, tal vez sí, por necesidad, porque son más pobres que muchos pobres, muchos que parecen ricos. Pero la mayor parte no cederá. Les ha herido demasiado en la cara y en la honra lo que con ellos se ha hecho.

MARTA. Se ha hecho por bien de los que ya no podían vivir con lo que ganaban.

ANG. ¡Vé a saber por bien de quién se ha hecho!

MARTA. No te entiendo.

ANG. Ya me entiendo yo... Lo que digo es que Máximo ha comenzado por perderlos a todos y que acabará por venderlos... Si no los ha vendido ya...

MARIA. No. Esto no. Son calumnias.

ANG. Calumnias que corren de boca en boca como verdades.

MARTA. Yo creo a Máximo medio loco, pero bueno y bien intencionado.

MARIA. Yo le creo bueno y justo y pienso que lo que hace lo hace por bien de todos.

ANG. Yo digo que es un mal hombre y tengo la seguridad de que soy la única que no me enga-

ño. *(El abuelo, con expresivos gestos, da la razón a Angeles, subrayando cuanto ésta dice.)*

ESCENA II

Los mismos y ROQUE, PABLO y MARCO ANTONIO.

Roque, Pablo y Marco Antonio son hombres del pueblo, trabajadores de la tierra desahuciados. Tienen edad indefinida; lo mismo pueden contar veintiuno que cincuenta años. Van míseramente vestidos. Llevan la cara sin afeitar, una pipa en la boca y pendiente del brazo un recio cayado.

ROQUE. Buenos días nos dé Dios.

MARIA. Buenos días todos .

ROQUE. ¿Qué tal?

MARIA. Igual. Esta noche se ha quejado mucho y parece que ha tenido mucha fiebre. Pero el médico ha dicho esta mañana que no estaba peor.

ROQUE. ¿Es verdad esto de que el médico sólo le vió una bala y que ahora resulta que tiene tres, y que una de ellas...?

MARIA. No es verdad. Solamente tiene una herida.

ANG. ¡Tiene ya bastante y Dios quiera que escape de ella!

M. ANT. ¿Puede vérsele?

MARIA. Está descansando ahora. Además el médico ha dicho que no hablara con nadie. Ayer vino tres veces el juez y se ve que por el esfuerzo que hubo de hacer para las declaraciones se quedó después muy aplanado. A última hora de ayer no conocía a nadie y echó dos veces sangre por la boca.

PABLO. *(Recalcando las palabras y hablando como si no quisiera dar a ellas ninguna aviesa intención.)* Pues esta noche han llevado a la cárcel a cinco más. A las doce de la noche los cogieron en sus casas... Y dicen los mal hablados que si es como consecuencia de lo que su hijo denunció ayer al juez...

MARIA. Mi hijo no delató a nadie. Esto es una infa-

mia. Sólo falta esto: que después de ser él el único que ha expuesto la vida, le echen barro de la calle encima.

M. ANT. La vida la hemos expuesto y la expusimos todos de la misma manera. Lo que ha pasado es que él ha tenido desgracia.

PABLO. *(En el mismo tono.)* Yo no digo que él haya delatado a nadie con malos propósitos. Lo que digo es que él, sin querer, habrá dicho los que le acompañaban o los que intervenían más en lo de la sociedad.

MARTA. Si se lo preguntó el juez y juró decir la verdad no podía callarlo.

ROQUE. Al juez que hace de la verdad de cada uno lo que quiere para sentenciar después como le conviene, puede decirle uno también la verdad que quiera, según a uno le convenga. Si supiera uno que había justicia, se procuraría ser justo, y nadie quisiera llevar el peso en la conciencia, de no haber justicia, por la culpa de uno. Cuando se puede preguntar: ¿Voy a ser yo el único justo?, es que no hay justicia para nadie, y, por lo tanto, nadie tiene el deber de ser justo.

M. ANT. No. Esto, no. Justo se ha de ser siempre. Aunque no haya justicia. Aunque se sufra la injusticia... Se ha de ser justo, si no por otra cosa, para sentir la satisfacción y el orgullo de serlo.

PABLO. Bueno. Pero su hijo pudo haber dicho que no recordaba, que no conocía a nadie de los que iban con él, y así se habrían librado de ser encarcelados los que lo han sido esta noche... Si el juez quería saber, que averiguase por otro camino.

ANG. Pues si han cogido a los que iban con el hijo de la señora María, ¿cómo Máximo, que dicen que estaba a su lado cuando cayó herido, aún anda tranquilo por la calle?

PABLO. Máximo...

ROQUE. Máximo...

M. ANT. *(Irguiéndose.)* ¿Qué podéis decir en voz alta de Máximo?

PABLO. En voz alta, nada.

M. ANT. Pues lo que no se puede decir en voz alta no debe decirse en voz baja.

PABLO. Hay muchas cosas que pueden decirse en voz baja y no deben decirse en voz alta.

M. ANT. Quien sea hombre; quien se crea hombre, no...

ROQUE. ¡Hombre!... ¡Cualquiera sabe ya aquí lo que es ser hombre! Los viejos dicen que ellos fueron más hombres que nosotros... Yo no sé: miro lo que hicieron y lo que nos dejaron, y no me parece que seamos inferiores. No sé qué dirán de nosotros los pequeños que van subiendo, pero yo que veo cómo van subiendo y me fijo en lo que hablan y en lo que piensan... Y éstos, sí... Me parecen inferiores a nosotros... Me parece que esto sólo tiene un remedio: procurar que se pudran pronto, y para esto no hay como convertirse en estiércol del estercolero. Yo no tengo fe en nada.

M. ANT. Yo tengo fe en Máximo y en lo que Máximo nos enseña.

ANG. Máximo os perderá a todos y se salvará él.

MARIA. ¿Por qué hablas tan mal de Máximo? ¿Qué te ha hecho? Yo tengo a mi hijo herido en la cama, puedo perderlo, y, sin embargo, veo que Máximo no es un desalmado, ni un vividor...

PABLO. No; un desalmado y un vividor, no.

ANG. Yo lo que quiero saber, es por qué si él estaba en la calle, no han puesto en la cárcel a él, y a otros, sí; si no estaba en la calle, por qué mandaba a otros a que hicieran frente a la fuerza, mientras él se escondía... Y se escondía en casa de don Rodrigo.

ROQUE. ¿En casa de don Rodrigo?

ANG. En casa de don Rodrigo, sí. Yo le vi entrar, y esto no me lo desmiente nadie; yo le vi, con estos ojos, cruzar la puerta.

PABLO. Yo no creo esto.

M. ANT. Sí. Fué a casa de don Rodrigo... Me lo dijo a

mí y a otros, antes de ir. Le llamaron para concertar un arreglo...

ANG. Le llamaron para darle dinero. Sabían que podían llamarle. No te llamarán a ti, que saben que no transiges con nada.

M. ANT. Yo no soy nadie, y Máximo, es Máximo. Y Máximo no se vende. Y de Máximo no habla nadie mal delante de mí, porque le pongo la mano en la cara, sea quien sea.

PABLO. No te exaltes, que no vale la pena.

ROQUE. Cálmate. Después de todo, todo es igual. Sea como sea Máximo, bueno o malo, todo seguirá de la misma manera, por el despeñadero.

MARIA. *(Que ha levantado una tela de saco que cubre una puerta.)* No gritéis .Mi hijo se queja de la cabeza. Os oye...

MARTA. Aquí está Máximo.

ANG. Yo me voy.

MARTA. Y yo. Volveremos cuando anochezca a acompañarte. Nosotros nos acostaremos ahora y cuando estemos aquí, podrás descansar tu. Adiós. *(Salen tía Marta y Angeles. Cruzan con Máximo y pasan ante él con la cabeza baja.)*

ESCENA III

DICHOS y MÁXIMO.

MAXI. *(A tía María.)* ¿Cómo se encuentra?

MARIA. Entra. Está despierto. Le han despertado las voces de esos. *(Máximo levanta la cortina de saco y entra. Los demás se acercan a mirar. Máximo está un momento dentro y vuelve a salir.)*

MAXI. Tiene mucha calentura. Me ha conocido. Pero no conviene molestarlo. He visto al médico y me ha dicho que si no hay complicaciones de no sé qué cosa, podrá salvarse.

MARIA. Dios lo quiera.

MAXI. A usted que no la vea llorar. El es muy impresionable. A mí me ha clavado los ojos, que-

riendo leer en los míos lo que yo pensaba. Hay que darle la impresión de que es pasajero lo que tiene.

PABLO. ¿Sabes que esta noche han encarcelado a cinco?...

MAXI. Sí; lo sé.

PABLO. ¿A ti no te han dicho nada?

MAXI. ¿Por qué me lo preguntas?

PABLO. Por preguntártelo. ¿Es un mal preguntar? Si es un mal preguntar, no te pregunto nada más.

MAXI. No es un mal según cómo se pregunta y según quién pregunta. Tú pones siempre veneno en tus palabras, y si no llevas veneno dentro, no hablas. Me das más miedo como amigo, que como enemigo.

PABLO. Veneno el que tienes tú de algún tiempo a esta parte.

MAXI. El que he ido cogiendo de vosotros. El que vosotros me habéis dado a beber.

ROQUE. Yo, no.

MAXI. Tú también. Tú también, viéndolo todo negro, no creyendo en nada ni en nadie, sosteniendo que es inútil todo esfuerzo, dudando de ti mismo.

M. ANT. Yo, no.

MAXI. *(Tendiéndole el brazo.)* Tú, no. No hablo por ti. Tú eres como un buen brazo, en el que se puede apoyar uno para subir la cuesta. Tú, no. Tú eres mejor que los de mi sangre... Me crees y me quieres.

M. ANT. Te quiero, porque te creo. Te quiero, porque nos has abierto los ojos; porque nos has unido como un haz; porque nos has puesto en pie; porque nos has obligado a movernos... No sé si te creeré siempre. Pero siempre te querré por este bien que nos has hecho. Nos falta dinero para comer, es verdad. Pero nos falta más aún, esto que tú nos has dado; que no sé lo que es; no sé si es una idea o una locura; no sé si es un derecho o un delito. No sé. Pero desde que lo recibimos, en este pueblo parece

que haya hombres... Somos más hombres por ti, que por haber nacido hombres.

ROQUE. No tanto. Yo no quiero negar los méritos a Máximo, que los tiene. Lo que digo es que descontando a Marco Antonio, y dos o tres más, aquí no hay nadie. Todo esto de ahora, durará lo que un relámpago. Pasará. Esos que gritan y bullen, miran por su conveniencia. Están aquí porque piensan que han de ganar; cuando adviertan que llevan la de perder, se irán donde antes estaban.

MAXI. No perderán.

ROQUE. Están ya perdidos. Estamos ya perdidos. Lo veo claro. Los que hemos sido despedidos de las tierras, no volveremos a ellas si no nos sometemos a cuanto exijan de nosotros. Los que han tenido que marchar por no poder comer aquí, éstos no vuelven. Los que han entrado en la cárcel, veremos cuándo salen, y ese desgraciado que está ahí dentro con el vientre agujereado por una bala, veremos si levanta cabeza... Estamos perdidos. Son mucho más fuertes que nosotros...

PABLO. Más fuertes, y más listos, y tienen más dinero.

MAXI. El dinero puede servirles para comprar, si hay quien se quiera vender.

PABLO. Siempre hay quien se venda.

MAXI. ¿Quién? Hasta ahora no veo ninguno. ¿Tú eres capaz?

PABLO. ¿Tú me crees capaz?

MAXI. Soy yo quien te pregunta.

PABLO. Y yo quien vuelve a preguntarte a ti.

MAXI. Yo no creo a nadie capaz, de lo que no soy capaz yo. Y yo no me vendo.

PABLO. A mí, hasta ahora, nadie ha querido comprarme.

ROQUE. Yo creo que lo que falta es quien quiera comprar.

M. ANT. ¿Para venderse? No te preocupes. Así como hay compradores que no encuentran quien se

quiera vender, hay vendedores que no encuentran quien les quiera comprar.

ROQUE. ¿Hablas por mí?

M. ANT. ¿Puedo hablar por ti? Te pregunto yo ahora con el mismo tono que preguntaba Pablo a Máximo.

ROQUE. Si hablas por mí, tanto me da. A mí no me ha arrastrado Máximo, ni lo que Máximo ha dicho. Me ha arrastrado la corriente. Ella es la que manda en mí y me lleva a la izquierda o a la derecha. Ella es la que impone su voluntad. Si los demás se venden, no seré yo el último. Si los demás se rinden, me rendiré yo. La corriente me manda. No he de hacer ningún esfuerzo para entrar ni para salir de ella. Como además creo que lleve adonde lleve, no lleva a ninguna parte, que me lleve por donde quiera.

MAXI. *(Abrazando a Marco Antonio.)* Qué peso, Marco Antonio, siento a veces aquí dentro. Parece que en vez de corazón llevo una piedra; una piedra que me desgarra, que me impide andar. ¿Por qué les costará tanto a los hombres creer y les costará tan poco no creer? ¿Por qué se resistirán tanto a aceptar el bien y aceptarán tan rápidamente el mal? ¿Por qué andará tan lenta la verdad y volará la mentira, la calumnia?

M. ANT. Porque quienes parecen hombres no lo son. Visten como hombres, hablan como hombres, tienen todos los vicios de los hombres, pero no son hombres.

MAXI. Llegarán a serlo.

M. ANT. Hemos de trabajar para que lo sean. Y si no lo son, serlo nosotros.

MAXI. Serlo por nosotros y por aquellos que no lo son.

ROQUE. Serlo por nosotros que no lo somos ni querremos serlo nunca. Que ya estamos bien como Dios nos tiró al mundo y que sólo deseamos no salir de él peor de como entramos. Y esto es lo que ahora, por primera vez, no vemos claro si será así.

ESCENA IV

DICHOS y LAURA JUANA.

Laura Juana aparece en la puerta cubierta la cara con un velo. Se la ve cruzar por el fondo, inquieta, vacilante, dudando si entrar o si pasar de largo. Por último se decide.

LAURA. Máximo.
MAXI. ¡Laura Juana! ¿Es usted, Laura Juana? ¿Qué viene a buscar aquí?
LAURA. Vengo a hablar contigo. A solas contigo.
MAXI. ¿Aquí?
LAURA. Aquí mejor que en otro sitio.
MAXI. ¿Lo ha pensado usted bien, Laura Juana? Yo no sé...
LAURA. Yo sí lo sé. Que se vayan ésos. Que se vayan, y si son amigos tuyos, que te prometan no hablar de mi presencia aquí.
MAXI. Os pido que me dejéis hablar con esta mujer. Que no preguntéis quién es y no digáis de esto que veis ni una palabra.
PABLO. *(En el tono de siempre.)* No; no lo diremos. ¿Para qué si no es nada malo lo que haces?...
ROQUE. No lo diremos... No cuesta nada callar... Tal vez seas tú el que tengas que hablar.
MAXI. Si yo he de hablar, hablaré. Esto no es cuenta tuya. Señora María, ¿quiere usted llevarse al abuelo? *(La señora María coge al abuelo del brazo y lo arrastra hasta la calle. Roque, Pablo y Marco Antonio, salen.)*

ESCENA V

LAURA JUANA y MÁXIMO.

Laura Juana se descubre la cara.

MAXI. ¿Por qué ha venido usted, Laura Juana? ¿No comprende lo que compromete usted? ¿Lo que de usted puede sospecharse o decirse?

LAURA. Quienes te conozcan a ti, saben que tu conducta me guarda; quienes me conozcan a mí, saben que me basto para guardarme yo sola. Quienes no nos conozcan a ninguno de los dos, no nos importan.

MAXI. Pero hubiese usted podido avisarme. Yo habría ido donde usted me hubiera dicho.

LAURA. He intentado esto: avisarte, llamarte. Pero encargarlo a alguien era confiar a otra persona mi resolución. Y no. He preferido buscarte yo. Bueno o malo, ya está hecho. No hablemos de ello más. Me ha costado trabajo encontrar el agujero de esta puerta. He metido antes la cabeza en dos chozas más. No conocía yo estos cuadros de miseria.

MAXI. Pues ésta es aún una de las chozas más acomodadas. Tiene cocina. Hay distintos departamentos. No está siempre húmedo el suelo. Si viera usted otras, en que hay un solo departamento más pequeño que éste, y en él viven toda la vida, juntos, confundidos, hacinados, los padres, los hijos, las bestias...

LAURA. He visto una, aquí, al lado. Había un chiquillo entre el estiércol, con las gallinas y los conejos, y un viejo muriéndose en un rincón... Se me han saltado las lágrimas. Pero, déjame decir a lo que vengo. Tu entrevista de hace dos días con mi padre y con Ramón, en vez de apaciguarles, les ha irritado. Han resuelto no ceder en nada de lo que tú les propusiste y llevar la lucha hasta el final... Va a ser nombrado Pepe Luis juez suplente y él va a dictaminar en un santiamén los últimos desahucios. Van a encarcelar mucha más gente. Uno de los primeros presos, acusado de no sé cuántas cosas, vas a ser tú. Yo les he increpado diciendo que no tenían derecho a esto; que desencadenarían odios que nadie podrá predecir dónde se detendrán o contra quién se cebarán. A Pepe Luis creo que con las manos le he llegado hasta la cara. No han querido ni oírme. Mi padre, que

está el pobre como loco, me ha cogido de un brazo y me ha arrojado violentamente de la habitación... Mi madre, que está enferma del susto que tuvo el otro día cuando oyó los gritos y los tiros en nuestra calle, pide a Dios que sean exterminados los que han perturbado la paz de las casas... Tú no eres malo, Máximo..., ¿por qué no transiges? ¿Por qué no te vas lejos si no puedes transigir? Te salvarías tú, y los que te siguen, sin ti, volverían a las tierras.

MAXI. ¿Usted me quiere bien o me quiere mal, Laura Juana?

LAURA. Si te quisiera mal no me hubiera arriesgado al peligro que representa haber venido aquí y del que comienzo a darme cuenta y a temerlo. Creo que he hecho una locura.

MAXI. Puede usted aún irse. Nadie habrá advertido aún en la casa su ausencia.

LAURA. Me arrepiento de lo hecho. Pero no me voy... Veo que tú, que arriesgas menos que yo, temes más que yo... Las mujeres tenemos más valor que los hombres.

MAXI. Probablemente. Desde luego, en muchas cosas, por poco valor que tengan, tienen mucho más valor que yo. Lo reconozco. Yo, que no sé lo que son obstáculos fuera, ni frenos dentro de mí para adoptar determinadas actitudes, y llego a ellas sin preocuparme la vida ni arredrarme la muerte, para otras resoluciones soy de una timidez y una cobardía insuperables...

LAURA. No te quiero mal, Máximo. Te quiero bien... Te quise bien siempre. Tanto bien que ni con el trastorno que tus locuras han producido en mi casa, ni con la separación que hay entre nosotros, he sentido el impulso de romper violentamente contigo. De romper contigo como mis padres, como tus padres. Como tus padres, que entre mis padres y tú se han quedado con mis padres. Te quiero bien. Y por ello me atrevo a repetirte mi súplica: arregla esto que has

desarreglado; vete, vete lejos, si no quieres o no puedes arreglarlo. Vive en paz lejos de aquí y déjanos en la paz que vivíamos.

MAXI. Yo quisiera, Laura Juana, conocer palabras suaves, delicadas, que no la hirieran los oídos ni el alma; palabras que hablaran como siente mi corazón. Pero sé pocas palabras y las pocas que sé, acostumbrado a una vida de durezas, son duras como mi vida... En voz baja, sin que ni en el tono, ni en el aire de la voz haya nada que pueda ofenderle a usted, yo he de decirle, Laura Juana, que no soy hombre de guerra, pero soy hombre con sentido de la justicia y del deber. Y porque soy hombre de justicia, a usted le digo—¿cómo quisiera poder decírselo yo para no ofenderle a usted, para que usted se identificara conmigo?—le digo que mi última palabra para transigir, es la palabra que dije a su padre anteayer. Y que no puedo irme... Que no tengo el derecho de irme.

LAURA. Entonces me voy yo. Me voy yo, arrepentida de haber dado este paso.

MAXI. ¿Y perdonándome?

LAURA. ¿Por qué no?

MAXI. ¿Y comprendiéndome?

LAURA. *(Con resolución.)* Sí. Y comprendiéndote. Comprendiéndote a ti más de lo que tú comprendes a los tuyos y mucho más de lo que los tuyos te comprenden.

MAXI. Los míos me comprenden; los comprendo yo a ellos.

LAURA. No. No te comprenden ni los comprendes. ¿Qué piensas darles con la tierra que nos quites a nosotros?

MAXI. Más pan para comer; mejor casa para guarecerse; más tiempo para aprender, para divertirse, para gozar de la vida; más libertad. ¿Es luchar para obtener esto un delito?

LAURA. No te he dicho yo, ni he pensado yo, que esto fuera un delito. Lo que te he dicho y repito, es que los que te siguen no te comprenden.

Quieren más tierra, no por el gusto de tenerla, sino por el gusto de quitárnosla... ¡Comer más pan! Tal vez no coman, sino que se harten de comer. Pero acostumbrados a vivir en chozas, vivirán en chozas siempre; y el tiempo no lo emplearán en aprender, sino en emborracharse; y la libertad ni la sienten ni la quieren. Se mueven por sus odios y por sus egoísmos. Odios contra los que tienen, porque tienen; egoísmos que responden al bajo afán de tener sin otra finalidad que tener lo que otros tenían.

MAXI. No. Laura Juana. No digo que algunos no sean así siempre. No digo que todos no sean así al principio. Pero habrá muchos que cuando con menos trabajo puedan reunir más beneficios, saldrán de bajo tierra como las bestias para vivir sobre tierra como los hombres; y si no saben leer ellos, querrán que aprendan a leer sus hijos, y sin que nadie les encadene por el estómago, llegarán a alzar la cabeza y a realizar su voluntad.

LAURA. Sueñas.

MAXI. No. No sé. Pero si sueño y me quiere, no me arranque mis sueños, Laura Juana... Ellos son toda mi riqueza.

LAURA. ¿Eres un hombre de fe?

MAXI. De fe ciega.

LAURA. ¿En quienes te siguen?

MAXI. En quienes me siguen y en mí. En lo que yo llevo como una llama viva dentro de mí.

LAURA. Ten fe en lo que llevas dentro de ti; ten fe en ti. Pero pierde la fe en quienes te siguen.

MAXI. ¿Por qué?

LAURA. ¿Pero es que no has visto la cara de éstos que se han ido cuando yo he llegado? ¿Es que yo no he oído a los que van a mi casa a hablar con mi padre? ¿Es que no sé cuáles son, a todas horas, los rumores y las habladurías de la calle? Unos, te consideran un loco peligroso y van detrás de ti porque les das miedo; otros, como tu mismo padre, más pobre que

nadie, te ven como un descastado y te repudian, y si pudieran te desharían a pedradas esa cabeza tuya que tú quieres tanto; otros, te creen un mal trabajador y dicen que has buscado eso de la Sociedad para vivir, entre cuatro papeles y con cuatro números, sin necesidad de doblegarte ante el surco; otros, te suponen capaz de venderte, al primero que quiera comprarte; otros, te acompañan por ver si yendo contigo, a la revuelta, pescan en el río revuelto; otros, van porque los lleva el peso de las cosas...

MAXI. No. Laura Juana, no. Que los hay egoístas y mal hablados y dispuestos a clavarle a uno en la cruz, sí... Pero los hay también con recta intención, con nobleza, sabiendo adónde van y dispuestos, como yo, a llegar al fin. Yo sé lo que muchos sospechan de mí y sé también por qué bajos motivos vienen muchos detrás. Pero hay también quienes ven dentro de mí y me hacen justicia y forman a mi lado porque tienen fe en algo. Que no comprenden bien lo que es, como no lo comprendo yo, pero tienen fe, como yo la tengo. No todo es oro, Laura Juana; pero tampoco todo es escoria.

LAURA. Tú sufrirás el desencanto.

MAXI. No sé. Pero si lo sufro, créalo, Laura Juana, el desencanto, sólo será un estímulo para continuar con más bríos.

LAURA. Si te dejan.

MAXI. ¿Quién puede impedírmelo?

LAURA. Pueden encarcelarte.

MAXI. De la cárcel se sale algún día. Y si se es hombre, se sale más fuerte que se entró.

LAURA. Pueden matarte.

MAXI. Matar, ya es lo último. Puede también uno morirse en la cama de un resfriado; puede a uno, ahora mismo, rompérsele cualquier cuerda de éstas, de dentro de nosotros, que nos sostiene, y caer en tierra para no levantarse nunca más. No debe detenerse uno ante nada de lo que cree deber cumplir, por miedo a la muerte. El

recuerdo de la muerte, a veces, según uno muere, tiene más eficacia para lo que uno quiere, que la obra de una vida que pudiera ser eterna.

LAURA. Pueden cerrar la Sociedad y no darte después trabajo en ningún sitio.

MAXI. El mundo es ancho.

LAURA. Sí. El mundo es ancho, Máximo. Si yo fuera hombre como tú y tuviera tus sueños y tus impulsos, no me pudriría en este rincón. Lo habría ya corrido todo, de una parte a otra, aprendiendo, estudiando. El alma se te ensancharía como el horizonte. Con lo que tú llevas dentro, podrías ser un hombre de porvenir. Ahora estás expuesto a caer sin gloria y sin provecho en estas batallas oscuras, rurales, sin idealidad y sin trascendencia.

MAXI. ¿A qué viene usted, Laura Juana? ¿A perderme o a salvarme? ¿A señalarme el buen camino o a lanzarme por caminos de perdición? ¿A qué viene usted, Laura Juana? Yo no puedo pensar mal de sus consejos y de sus deseos. Sé la bondad que ha tenido usted siempre conmigo; las confidencias que guardaba para mí cuando en sus vacaciones de estudio venía a su casa a pasar unos meses; sé que, como a nadie, me distinguió, escribiéndome cartas desde lejos, mandándome fotografías de paisajes y ciudades que a mí me parecían de fantasía... En las cartas me decía: estudia, hazte hombre para que un día, con tus propias fuerzas, puedas venir a todos estos sitios... Y sé que cogía muchas veces los libros pensando sólo en usted; diciéndome: que este año, cuando venga Laura Juana, encuentre que no he malgastado el tiempo, no he desatendido sus palabras. Mis aspiraciones y mis conocimientos se los debo en gran parte a usted... Sin los estímulos que de usted recibí siempre, tal vez no habría sentido afán de ser, y hoy no sería nada, y perdidas con los años las virtudes mejores, no podría ser nada ya en toda la vida. Sé

todo lo que le debo a usted. Todo lo que usted ha inspirado y despertado en mí... No puedo por ello pensar mal... Pero me da miedo lo lo que me aconseja, porque lo que me aconseja es apartarme de mi deber; es entregarme al escarnio de los hombres de aquí.

LAURA. No. Es elevarte a otros deberes; es inclinarte a la convivencia con otros hombres más dignos de ti.

MAXI. No sé adónde iré mañana y con quién me tocará vivir. Tal vez vaya a mejor; tal vez a peor. No sé. Lo que sé es que hoy no puedo moverme de aquí. Ni aun pidiéndomelo usted, Laura Juana, que es la única persona que tiene derecho a mandar en mi corazón.

LAURA. No hables más. Ignoro si te odio por tu dura tenacidad o si te admiro por ella. Si te he de despreciar por desatender a una mujer, a la que tanto debes, que tanto está por encima de ti y que desciende a hablarte, o si te he de reverenciar por la fortaleza que representa el desatenderme. No veo si marchas hacia el bien o hacia el mal; si te hundirás tú con los tuyos o nos hundirás a nosotros... Posiblemente no volveré a hablarte nunca más, y debería salir de aquí renegando del momento que tuve la idea de venir y sin decirte ni adiós... Pero no sé qué me impulsa a darte la mano y a desearte, con toda el alma, que seas feliz en la vida.

MAXI. *(Cogiendo las manos de Laura Juana y besándoselas.)* ¡Laura Juana!...

ESCENA VI

Los mismos y TÍA MARTA.

MARTA. *(Apresurada, con voz entrecortada, temblando.)* Máximo, huye. Huya usted, señorita.

MAXI. ¿Qué pasa?

MARTA. Van bandadas de hombres dando gritos contra ti, diciendo que te has vendido.

MAXI. Serán nuestros enemigos. Que digan lo que quieran

MARTA. No son los enemigos; son los nuestros: los aparceros, los pobres. Dicen que ha venido a comprarte la señorita.

MAXI. ¿Cómo pueden decir esto?

MARTA. Vienen los padres de la señorita a buscarla.

LAURA. ¿A mí? ¿Quién ha podido decirles? Tiemblo. Escóndeme, Máximo.

MAXI. ¿Por qué esconderla? Usted no ha hecho un mal, sino un bien. No esconderla. Defenderla. Acompañarla. Llevarla a su casa y pasearla por la calle a la vista de todos. No tenemos que avergonzarnos ni arrepentirnos de nada. Podemos mirar a todos cara a cara. *(Se oyen gritos y rumores fuera.)*

ESCENA VII

DICHOS y PEPE LUIS; después DON RODRIGO, DOÑA DOLORES y PABLO.

J. LUIS. Aquí está. Vengan. Laura Juana, cabeza loca, sal inmediatamente de esta choza inmunda.

LAURA. ¿A qué viniste tú?

J. LUIS. A llevarte a la fuerza.

MAXI. A la fuerza, no. Porque si ella no quiere salir de aquí, yo me cruzo en la puerta y nadie, nadie se acerca a ella. Si ella quiere salir sola, yo le abro camino para que nadie venga a su lado... Si quiere ir de grado contigo, que se cumpla su voluntad. Su voluntad, y sólo su voluntad, no la tuya, es la que ha de decidir.

D. ROD. / D.ª DOL. *(En exclamación unánime.)* ¡Hija!

D. ROD. ¿Qué nueva desdicha nos has traído, hija sin sentido? ¿No había bastante pena en nosotros? ¿No había bastante humillación en mí, que tenía que pasar por esta de descender hasta aquí para encontrarte?

D.ª DOL. ¡Qué mancha pones en nuestro nombre, que ha sido inmaculado!

LAURA. Perdónenme, padres. No es nada lo que he hecho. Ha sido por su bien. He venido a suplicar a Máximo.

D. ROD. No pongas ese nombre aborrecible en tu boca... Ven... Marchemos, que me ahogo y me muero aquí... *(La puerta se ha cubierto con hombres de la calle: en primer término están Roque y Pablo.)*

D. ROD. Abrid paso.

ESCENA VIII

Los mismos, ROQUE, PABLO y gente del pueblo.

ROQUE. Lo mismo da abrir paso que cerrarlo. Pero convendría antes, estando todos juntos aquí, altos y bajos, pobres y ricos, leales y traidores, decir unas palabras.

VOZ. ¡Mueran los traidores! *(Un rugido de odio contesta a esta voz.)*

MAXI. ¿Quiénes son los traidores?

VOCES. ¡¡¡Tú, tú!!!

MAXI. Yo, ¡traidor! Laura Juana, ¿oye usted? ¿Yo, traidor?

LAURA. Tú eres quien debes oírlo, Máximo.

MAXI. Yo, ¡traidor! No lo digáis todos. Que lo diga una sola voz, una sola, y que venga aquí delante quien lo diga y que lo sostenga ante mí, cara a cara. *(Se hace un profundo silencio. No se oye una sola voz.)* No soy traidor. Puedo decirlo en voz alta. No soy traidor. Y si lo fuera y vosotros lo supierais, o, sin serlo, vosotros creyerais que lo soy, los hombres, los hombres que son hombres, al traidor no se contentan con befarle: le arrastran, le matan, y por encima del cadáver del traidor siguen ellos su camino. *(Se percibe un rumor de duda, de aplauso, de disputa, que no acaba de estallar.)* Ni

contra esa mujer, ni contra mí, puede haber ni una sospecha.

ROQUE. Pero convendría hablar, estando todos aquí, para que supiéramos...

MAXI. No es hora de hablar, y menos contigo, que llevas veneno en los labios y en la palabra y que con tu escepticismo envenenas el alma de todos. No es hora de hablar. Han pedido paso y hay que abrir paso. *(Empujando a la gente para que dejen libre la puerta.)* Atrás; atrás; más atrás. Salga usted, don Rodrigo. Salga usted, Laura Juana. Sal tú, Pepe Luis, que merecerías quedar aquí en nuestras manos. Sal. Yo les acompaño hasta dejarles a salvo en casa. Mi cuerpo guarda el cuerpo de ustedes. *(Cesan los clamores. La gente abre paso. Máximo sale cuando han salido todos.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

Una gran heredad enclavada en el monte. Es la mayor de las propiedades de don Rodrigo. A la derecha, se ve el inmenso caserón señorial. En el horizonte lejano, la sierra, y en la hondonada, el pueblo. Arboles frondosos sombrean las paredes del caserón.

ESCENA PRIMERA

Junto a la casa, en una mesa, DON RODRIGO y JUAN JOSÉ. En un corro, a distancia, ANGELES y alguna mujer más arreglando y disponiendo en cestos flores en gran profusión. A lo lejos se oyen cantos y gritos de hombres y mujeres. Son cantos populares que tienen sabor a vendimia, a siega, a amores y dolores del campo.

D. ROD. ¿Qué son estos cantos?

J. JOSE. Trabajadores de alguna otra heredad, que bajarán al pueblo para la fiesta de mañana.

ANG. *(Poniéndose de pie y mirando.)* Deben ser los

de la finca de don Ramón, porque bajan por el atajo de la ermita. *(Oyese un chillido agudo y largo: uno de estos chillidos que se oyen en los pueblos de Castilla cuando los mozos van de ronda.)* ¡Sí, ellos son! Porque este grito así sólo sabe darlo Pablo en todo el pueblo.

D. ROD. ¿Quién es Pablo?

J. JOSE. Pablo es aquel muchachote joven, fornido, que hablaba tanto el día de la ruptura de los aparceros con los propietarios.

D. ROD. ¿Aquel que lo quería todo: la tierra, el valor de los frutos de los cinco años últimos y que no pidió nuestra cabeza porque no cayó en que también podía pedírnosla?

J. JOSE. El mismo.

D. ROD. ¿Y lo ha tomado don Ramón?

J. JOSE. Sí. Desde hace unos quince días... Como se sometió a todo igual que los demás... Don Ramón se resistía a tomarlo. Pero, al ver que a última hora, o porque le tuviera miedo, o porque la madre de Pablo, que es muy de misa, se valió del padre José, don Ramón transigió. Yo creo que ha sido preferible.

D. ROD. Dices que ha sido preferible para hurgar en mí y conseguir ablandarme... No. No aceptaré ninguno de los aparceros que había, mientras no se avenga a estar en las tierras en las mismas condiciones que antes, y, además, abonar por espacio de cinco años una cantidad que me compense de la pérdida que he tenido durante el tiempo que han estado en rebeldía y las tierras abandonadas. No. Hay que escarmentarles para que nunca más se atrevan a lo que hicieron.

J. JOSE. Yo creo que mañana, con motivo del fausto acontecimiento que es la boda de Laura Juana, debiera usted dar una amnistía y que todo quedara como estuvo, sin acordarse de lo que pasó.

D. ROD. Si ellos no quieren acordarse; si tú no tienes por qué acordarte, yo me acuerdo y me acordaré mientras viva. Esta hemiplejia que me

ha convertido en una ruina es la señal que yo llevaré siempre en mi cuerpo. No. No hay amnistía.

J. JOSE. Pues vendrán a pedírsela. Aquí creo que están los que vienen con este propósito.

D. ROD. Viaje completamente perdido.

ESCENA II

Los mismos, ROQUE, PABLO y tres o cuatro hombres más. Llevan todos brazadas de flores y ramas.

PABLO. Buenos días, don Rodrigo y compañía.

J. JOSE. Buenos días.

PABLO. Ahí van esas flores y esas ramas para que sirvan mañana de adorno a la señorita Laura Juana *(Las tiran entre las otras flores.)* No hemos encontrado más ni mejores. Se ve que han espigado todos los alrededores. No queda una sola flor en el término. Puede estar bien contenta la señorita, y el señorito Pepe Luis más que ella, porque él es el que hace un buen matrimonio.

D. ROD. Nadie te pide la opinión... Se os pagará lo de las flores con vino o con dinero, como queráis. Pedidlo y estáis de más aquí.

PABLO. Hay cosas que no se pagan con dinero ni con vino. Lo que hemos hecho ha sido hecho de buena voluntad y no necesita otra recompensa sino que usted nos oiga unas palabras.

D. ROD. Habéis venido a esto y la excusa han sido las flores.

ROQUE. Sí. ¿Por qué no decirle a usted, señor, la verdad? Hemos visto que todo el mundo traía flores y hemos pensado con las flores ablandarle un poco el corazón.

D. ROD. Sois falsos, hipócritas. Lo mismo os arrastráis como serpientes que os ensoberbecéis como leones.

ROQUE. No puede el señor decirlo por mí. Yo fuí y he

sido siempre el mismo. Trabajaba la tierra porque mi sino era éste: trabajar. Habría trabajado siempre si un día no hubiera visto que todos abandonaban las tierras para mejorar su situación. La abandoné yo también y sin ninguna fe en conseguir lo que decía el loco y desgraciado y no sé, ni me importa, si traidor o no traidor, de Máximo. Abandoné la tierra porque todos la abandonaban. Cuando pasó lo que pasó, que no hay por qué repetirlo, y todos, unos tras otros, volvieron a la tierra que tuvieron antes, yo también intenté volver. De nada podía acusárseme. No hice nada por ir a una parte ni a otra. Las aguas me llevaron; las aguas me traen. Sin fe me fuí y sin fe vuelvo. Tengo el convencimiento de que, haga lo que haga, todo ha de ser igual.

D. ROD. Pues tú que te crees no tener culpa, es el que más culpa tienes.

ROQUE. ¿Yo?

D. ROD. Tú, tú, sí. Tú, por tu escepticismo. Por estar en todos los sitios sin fe o por no estar en ningún sitio por falta de fe. Por hablar mal de unos y de otros y marchar con los unos y con los otros de quienes se habla mal. Yo siento menos dura voluntad contra los que se han ido, porque creían en algo, que contra los que no dejaron sin creer en nada. Si no creían, ¿por qué se fueron? El hombre no ha de dejarse dominar nunca por la corriente: ha de ser él quien ha de dominarla. Todo hombre tiene el deber de estar en su sitio, en el que elija; en el que se sienta atado por intereses o ideales, y mantenerse firme en él. Muchos vienen ahora diciendo lo que tú: "ya sabía yo que iba engañado: no podía abandonar a mis amigos". No se debe ir engañado a ningún sitio. Ni los amigos han de atar a nadie cuando se tiene la convicción de que apartan del deber. Los peores son los que aparentáis seguir al que dice blan-

co o al que dice negro y en realidad sólo os seguís a vosotros mismos.

ROQUE. Cada uno es como es, don Rodrigo, y yo soy así. ¿Qué voy hacerle? Tal vez sí que yo no debí abandonar a usted. ¿Pero qué habría logrado con ello si los compañeros hubieran triunfado? Además, era tanto lo que prometían...

D. ROD. Prometían dejarnos en la miseria a nosotros y haceros a vosotros ricos; quitar todo lo que estaba en nuestro poder y pasarlo al vuestro; ascender vosotros de criados a amos y descender nosotros de amos a criados. Prometían todo eso.

ROQUE. Prometían eso, pero yo ya sabía que eran fantasías.

D. ROD. Sabías que eran fantasías, pero te apartabas de mí para lanzarte contra mí. ¿Tenía yo razón en defenderme? Pues no debías haberte movido de mi lado, defendiéndome a mí y la verdad que yo defendía. ¿Tenían los otros razón en atacar? Pues debías estar con ellos, atacando con bríos. Esto habría sido más noble que irte de mí sin fe en mi enemigo, que iba a ser tu amigo y volver a mí sin fe en mí.

ROQUE. ¿Qué culpa tengo yo de no tener fe en nada ni en nadie? ¿Es porque nací así? ¿Es porque nadie ha cuidado que fuese de otra manera? Mi abuelo, dicen los que le conocieron bien, que era de una fe exaltada. Murió lejos de aquí, en una barricada, defendiendo la libertad. Por la libertad abandonó su casa y sus hijos y sus propiedades; yo he de ser aparcero porque mi padre en estas luchas locas gastó todo nuestro patrimonio. Tal vez él agotó toda la fe y nos dejó a nosotros en la miseria y con el corazón seco y con las alas rotas. Yo, por la libertad, no soy capaz de andar de aquí a allí. Es un mal, un gran mal, seguramente, ser así, pero soy así. ¿Qué culpa tengo yo?

PABLO. Todos, quien más, quien menos, somos así.

H. del P. Todos, no. Porque yo creo y como yo otros

muchos. Fuimos a la Sociedad y pusimos todo nuestro entusiasmo en la obra que allí podía hacerse... Pero no éramos bastante fuertes o no estábamos bien dirigidos o no sabíamos lo que necesitábamos saber. Fe y coraje no nos faltó.

D. ROD. No vendrás a insultarme aquí, a mi casa, en mi cara.

H. del P. Líbreme Dios. Pero como Roque ha dicho lo que era él, yo necesitaba decir quién soy yo. Ahora soy ya un vencido. Mi mujer está enferma; estoy cargado de hijos; no me queda más remedio que someterme. Si tuviera los brazos libres ¡no estaría poco lejos!...

D. ROD. Pues puedes irte; porque lo que es en mis tierras, si no es con las condiciones que os dije, no volveréis a entrar.

PABLO. Todos los otros propietarios han transigido.

D. ROD. Yo no transijo. Llevo de esta locura vuestra señal en esta mitad de cuerpo paralizado y el estigma en mi nombre con el barro que echasteis sobre él.

PABLO. También nosotros, señor, vamos señalados. Murió el hijo de la tía María después de una semana de sufrimientos horribles; están en la cárcel, y Dios sabe cuándo saldrán de ella, seis aparceros; han emigrado del pueblo mas de diez familias... También vamos señalados, señor.

D. ROD. Todo es poco: vosotros desencadenasteis el temporal... Sufrid las consecuencias. Yo me estaba muy tranquilo en mi casa.

ROQUE. Mire usted, señor...

D. ROD. Son inútiles todas las palabras. Es resolución irrevocable y nadie me apartará de ella. *(Vuelven a oírse cantos lejanos. Es una canción popular entonada a coro por hombres y mujeres La canción va acompañada de gritos y risas.)*

J. JOSE. ¿Son los mismos?

ANG. Me parece que no. Los que pasaron antes deben estar ya en el Calvario. Estos vienen de la

parte de los Zarzales. Deben ser los de la hacienda de don Juan.

ROQUE. Sí. Viniendo por allí, de la hacienda de don Juan deben ser. Van también cargados de flores. Mañana la casa de don Rodrigo parecerá un jardín.

ANG. Pues hoy empieza la fiesta; anochecido habrá cohetes, música, campanas al vuelo...

ESCENA III

DICHOS, LAURA JUANA y PEPE LUIS, que salen de la casa.

LAURA. ¿Oyes estos cantos, papá?

D. ROD. Sí, hija mía; han pasado ya dos bandadas de hombres. Son cantos para ti. Estarás contenta.

LAURA. Yo quiero que lo estés tú.

D. ROD. Lo estoy. Te casas bien. Te quedas en casa. Esos cantos son la prueba de que la gente no sólo ha dejado de calumniar, sino que quiere desagraviarte de lo que contra ti dijo.

LAURA. Son prueba, sobre todo, de que vuelve a haber paz en el pueblo, y esto es lo principal. Lo que se dijera contra mi no me importaba. Tenía yo la conciencia tranquila y tenía la convicción de que nadie que me conociera podía dudar de mí.

D. ROD. No hablemos de ello... ¿Estás alegre?

LAURA. ¿Lo estás tú?

D. ROD. Yo sí.

J. LUIS. Ella no lo está. Ahora mismo la he sorprendido llorando.

LAURA. Miraba unos libros de cuando era pequeña. Había flores secas en ellos, cosas apuntadas en lápiz, páginas dobladas... ¿Quién sabe todo lo que ello despertaba en mí? Era un mundo de recuerdos que terminaba hoy. Y no se puede una despedir sin melancolía de una parte de su vida... Lloraba sin querer llorar, sin saber por qué lloraba...

J. LUIS. Es porque está tu alma triste y es ella la que llora por tus ojos.

LAURA. Tal vez. Pero esto son cosas mías. Niñerías, fantasías. Dejadme con ellas. No me hagáis caso. *(Se acerca al grupo de mujeres y hombres.)* ¿Son todas esas flores para mí?

ANG. Sí, señorita Laura Juana. Flores para usted, que bien las merece.

LAURA. ¿Qué hacéis con ellas?

ROQUE. Las escogemos. Ponemos las rojas en este cesto; las blancas, en este otro; las amarillas, en este otro.

LAURA. ¿Y qué vais a hacerme con ellas? ¿Coronas como si fuera una muerta?

ANG. ¿Qué dice la señorita? Estas blancas van a ser para el altar donde se case; va a estar todo él cubierto; estas rojas son para hacerle una alfombra en el sitio donde usted se arrodille cuando el cura la bendiga; estas amarillas son para adornar la puerta de su casa; pasaremos en ello toda la noche.

ROQUE. Esas de aquí las trajimos nosotros.

LAURA. Gracias.

ROQUE. No pudimos más.

LAURA. ¿Trabajáis ya en la tierra?

ROQUE. Todavía no: don Rodrigo no quiere ni oírnos...

LAURA. No merecéis que os oiga. A ti, sobre todo. Te recuerdo bien. No se me ha despintado tu cara. Te he soñado muchas noches, y una noche soñé que te estrangulaba... Pero no te tengo rencor. Venid mañana a casa. Yo haré que mi padre ceda.

RO. y HO. Gracias, gracias, señorita Laura Juana.

LAURA. ¿No lloverá mañana? Hay unas nubes rojizas en el horizonte.

ROQUE. No señala lluvia, sino viento. Pero no haga mucho caso de las nubes. Las nubes son las cosas que más se parecen a los hombres. Uno cree conocerlas mucho y dice: estas de este color y de esta forma, cuando aparecen en tal sitio, anuncian tormenta; pues al día siguiente hace sol y no se ve una mancha en todo el cielo; estas de este otro color son nubes de vera-

no, no tienen fuerza, cualquier soplo se las llevará o las barrerá; pues aquella nube ha ido tomando cuerpo, y, de pronto, ha desgarrado sus entrañas, en las que tenía agua, piedra, rayos, truenos... Las nubes son como los hombres. Merecen el mismo caso.

LAURA. A mí me gustaría que esto fuera verdad, y que esas nubes que decís que traerán viento, trajeran agua. Los días de lluvia me encantan.

J. LUIS. A mí sólo me encantan cuando la lluvia sazona la tierra.

LAURA. A mí, siempre.

J. LUIS. Pues yo rogaré a Dios que mañana haga buen sol. Mañana ha de ser día de buen sol. El sol...

LAURA. No me vayas a hacer un discurso de los tuyos ahora. Además, no vas a convencer a nadie... Por lo menos no me vas a convencer a mí.

J. LUIS. Sería de lo primero que te convenciese.

LAURA. No hables...

D. ROD. ¿Vais a disputar ahora? Mira, Laura Juana, ayudadme a entrar. Yo quiero marchar ya al pueblo. Irá gente a casa y está tu madre sola. *(Se levanta con dificultad. Está paralítico de un lado. Le sostienen entre Juan José y Laura Juana, y entra en la casa. José Luis los sigue. Algunos hombres se van hacia el pueblo. Queda Roque con las mujeres que arreglan las flores.)*

ESCENA IV

Angeles, Roque y las otras mujeres que están con Angeles.

ANG. Da pena don Rodrigo. Es como una pared que se va derribando. Parece mentira cómo ha caído este hombre. No es sombra de lo que fué.

ROQUE. En un año ha pegado un bajón de diez años. Es una ruina. Pero conserva aún las energías y el alma negra. No es bueno. Cierto que la desgracia ha entrado de rondón en su casa y

le ha cogido por el cuello y no le suelta. Pero él no es bueno.

ANG. Sea bueno o malo, a mí me da mucha lástima.

ROQUE. Más lástima me da a mí Laura Juana. La veo tan triste, tan contra su voluntad casándose con esa serpiente venenosa de Pepe Luis, que ni tiene, ni sabe, ni puede, la mitad que ella. Laura Juana tiene talento y él tiene una piedra en la cabeza; Laura Juana puede contar por onzas de oro cada real que él cuente; Laura Juana es un carácter y él es un pelele.

ANG. Pero él es el único aquí que se resuelve a casarse con Laura Juana... Aquel canalla de Máximo le hizo a ella muchísimo daño.

ROQUE. Lo que se dijo entonces fué una infamia.

ANG. Pues tú lo dijiste también.

ROQUE. Yo y todos. Yo tal vez más que nadie. Pero comprendo ahora que fué una infamia.

ANG. Tantos motivos tienes para hablar ahora como hablas, como para hablar entonces como hablaste. Lo que pasó en casa de la señora María, sólo Dios lo sabe. ¿Le dió ella dinero a él? ¿Le dió algo más que dinero? Tú dijiste entonces que sí; dices ahora que no. Yo ni he dicho, ni digo, ni diré que sí ni que no. Lo que digo ahora y siempre es que una mujer de bien no hace lo que hizo Laura Juana, y que Máximo se puso contra vosotros por salvar a ellos y que desde aquel día se acabó la lucha y ya descaradamente se quedó él a un lado lavándose las manos.

ROQUE. Yo creo que Máximo se vendió y nos vendió. El dinero es muy tentador. Si Laura Juana se lo puso en las manos era muy difícil rechazarlo.

ANG. Algún día se sabrá el dinero que le dió, porque se verá en alguna cosa que compre Máximo cuando ya crea que la gente no se acuerda de ello.

ROQUE. Después de todo no hizo mal en tomarlo. Yo lo hubiera tomado como él. Las ocasiones no

pasan siempre. Además, entre que le llamen a uno ladrón y listo con los bolsillos llenos, o tonto y honrado con los bolsillos vacíos, vale más lo primero que lo segundo. El dinero es lo primero en la vida. Y por dinero se mueven todos; por dinero canta misa el cura; por dinero da sentencias el juez; por dinero se matan los hombres, y por dinero se casa Pepe Luis. Todo lo puede el dinero y a todos mueve el dinero. Quien diga otra cosa, o se engaña o nos engaña. Por esto, Máximo ha hecho lo que en su puesto habríamos hecho todos: abrir la mano, cerrar la boca y a otra cosa. Lo que no creo es lo de Laura Juana.

ANG. Yo no creo ni lo dejo de creer. Ella es una muchacha que sus padres habían dejado muy libre. Vete a saber lo que hizo por esos mundos de Dios. Lo cierto es que yo a veces la he visto aquí, tendida en una hamaca, con las piernas al aire, leyendo o haciendo ver que leía y con un cigarro en la boca. ¿No puede sospecharse todo de una mujer que no hace sino lo que aquí sólo hacen las mujeres malas?

ROQUE. Vete a saber qué les enseñan fuera de aquí y cómo fuera de aquí son las mujeres buenas. Nosotros vivimos entre montañas, separados del mundo, y nada llega a este hoyo. Somos iguales cuando morimos que cuando nacemos. Nuestros nietos serán como fueron nuestros abuelos. Fuera de aquí vuelan, y aquí ni siquiera andamos paso a paso. Por más, te diré, que tanto vale andar por los cielos que arrastrarse por el suelo; de la misma manera llega la muerte, que es lo único que es verdad. Pero vuelvo a decirlo, porque yo tengo bien cogida esta idea en la cabeza: Laura Juana no pecó. Si hizo lo que hizo fué pensando en el bien de su casa. Yo creo que Máximo no le tocó con la mano ni un pelo de la ropa. Ella podrá parecernos extravagante, alocada; pero una perra no es. Y sería una perra ir a buscar a un hom-

bre tan separado de ella por tantas cosas a una casa y a la luz del día.

ANG. Estas extravagantes son las que tienen caprichos extravagantes. El nombre de Máximo iba aquellos días de boca en boca. Cuando pasaba por la calle, todo el mundo salía a la puerta para verle. Vete a saber si se enamoró de él o de la fama que él tenía entonces. Enamorada o no de Máximo, lo que se puede decir es que no está enamorada de Pepe Luis.

ROQUE. Esto sí que es indudable. ¿Pero qué importa? Enamorada o no, al poco tiempo la vida sería igual para ella. Cada uno por su parte, y más cada uno por su parte en pensamiento que en apariencia. El matrimonio sólo sirve para separar a los que se querían antes del matrimonio; a los que ya no se querían no necesitaba separarlos. Por esto te digo que enamorada o no, es igual.

ANG. No es verdad lo que dices. Buena diferencia de dos que se casen enamorados a dos que se unan odiándose.

ROQUE. Pues la diferencia está en que posiblemente los que se casen enamorados acaben odiándose, y los que se casen odiándose acaben enamorados.

ANG. Te contradices, te contradices. *(Las mujeres gritan confundiendo a Roque.)* ¿Y de Máximo, no se sabe nada?

ROQUE. No sé. Hasta hace poco andaba por el pueblo. Yo le vi hace unos días. Iba solamente con Marco Antonio. Sólo éste le quedó como amigo. Pero desde que éste se fué a América no he vuelto a verle... Tal vez se haya ido él también. Es lo mejor que podría haber hecho. Porque lo que es por aquí nadie le dará trabajo.

ANG. ¿La Sociedad se ha cerrado?

ROQUE. Creo que sí... Como todos o casi todos nos hemos ido de ella...

ANG. Ya sabía yo que todo aquello sería un relámpago.

ROQUE. Así fué. Pero puede volver a ser otro relámpa-

go otro día. Otro relámpago que brille un momento y se apague otra vez. ¡Quién sabe! La gente está sometida, pero no está contenta.

ANG. ¿Tú crees a la gente capaz de algo?

ROQUE. Ah, no. De nada. Ya se ha visto. Ya se ve.

ESCENA V

Los mismos, DON RODRIGO, JUAN JOSÉ, PEPE LUIS y LAURA JUANA.

LAURA. Mira. Está ya allí arreglado el coche.

D. ROD. Me siento hoy más pesado que estos días de atrás. Apenas puedo abrir este ojo.

LAURA. Esto es el tiempo. Hoy hace un día húmedo.

D. ROD. El tiempo y las emociones. Las emociones, cualquiera, la más insignificante, me afectan en una forma que yo no conocía. Cualquier ruido, cualquier hecho, el más mínimo, me sobresalta y excita. Yo que tenía un corazón a prueba de temporales...

J. JOSE. Todo esto pasará.

D. ROD. Sí; cuando me muera.

ANG. *(A Roque.)* Están en vísperas de boda y parecen vísperas de funeral. El dinero no da la felicidad.

ROQUE. Pues Dios sabe lo que sería esa gente si ni dinero tuviera.

LAURA. ¿Tenéis ya algunos cestos de flores listos?

ANG. Sí; éstos.

LAURA. Pues cargadlos en el coche. Tú, Pepe Luis, y usted, Juan José, vayan con papá y que luego suba el coche por mí. Yo bajaré con el tío Pablo. Quiero acabar de arreglar y recoger algunas cosas.

P. LUIS. ¿No quieres que te acompañe?

LAURA. No. Vete con ellos.

D. ROD. Baja pronto. Habrá mucha gente esperando.

LAURA. En seguida que esté el coche aquí de vuelta.

ROQUE. Yo voy con ustedes. Llevaré la caballería de la

rienda, que con las lluvias está muy peligrosa la cuesta. *(Van saliendo, callados, con la cabeza baja. En la lejanía se perciben otra vez los cantos populares. Quedan en escena Angeles y varias mujeres arreglando los últimos cestos de flores.)*

ESCENA VI

LAURA JUANA, ANGELES y varias mujeres.

LAURA. ¿Faltan muchas?
ANG. No. Estas pocas. Terminamos ya.
LAURA. ¿Podréis vosotras con los cestos?
ANG. Sí. Pesan poco.
LAURA. Podéis dejar un par de ellos para llevarlos en el coche.
ANG. No. Los llevaremos todos nosotras. Nos gustará ir con ellos; porque podremos así juntar gente en el camino y bajar nosotras también cantando. ¿No quiere que le ponga una de estas flores en la cabeza?
LAURA. No. Déjalo.
ANG. Ha de estar usted alegre.
LAURA. Ya lo estoy.
ANG. Yo estaría loca si mañana me casara, y me casara, sobre todo, con un hombre como el señorito Pepe Luis.
LAURA. Yo lo estoy. Aunque no me salte a la cara, yo lo estoy.
ANG. Pues deje que le ponga en la cabellera de oro, que parece una corona de reina, este ramo de claveles reventones.
LAURA. Ponlos si te empeñas.
ANG. Así, así. *(Colocándole los claveles en la cabeza.)* Haber flores en todos los sitios y no llevar flores usted, que es para quien son todas, no dice.
LAURA. Es verdad.
ANG. El señorito Pepe Luis va a enamorarse más de lo que ya está cuando la vea ahora. ¿Quiere

que la esperemos para bajar acompañándola?

LAURA. No; id delante. Porque no cabríamos todas en el coche, y las que fueran a pie llegarían demasiado tarde al pueblo.

ANG. Pues arriba. Coge tú esta cesta. Ponme a mí esta pequeña en la cabeza. Que cuelguen las flores.

LAURA. Ya te las pondré yo. Así. Pareces una columna.

ANG. Va a quedar alfombrado de flores por donde pase usted. Adiós, señorita.

LAURA. Adiós. Esperad; yo os ayudo hasta dar la vuelta al camino. *(Marchan cantando. Sale Laura Juana con ellas. Permanece un momento fuera. Cuando Laura Juana vuelve a salir y atraviesa la escena para entrar en la casa, Máximo aparece entre los árboles llamando a Laura Juana. Máximo va con su traje de siempre. Un traje viejo y raído. Máximo está pálido y delgado.)*

ESCENA VII

LAURA JUANA y MÁXIMO.

MAXI. ¡Laura Juana! ¡Laura Juana!

LAURA. *(Volviéndose sobresaltada.)* ¿Tú, Máximo? ¿A qué vienes? ¿De dónde sales? ¿No comprendes el daño que me haces acercándote a mí así y hoy?

MAXI. He venido cuando he visto que se quedaba usted sola. He pasado el día entre esos árboles espiándola, buscando un momento. Quería despedirme de usted, Laura Juana; decirla adiós. Si me da usted la mano vuelvo a desaparecer entre esos árboles y nadie se enterará de esta audacia mía, que yo le pido que me perdone.

LAURA. Pensaba que te habías ido ya. Que estabas lejos, en América, en Francia, en Rusia... La gente que aún se ocupa de ti en el pueblo así lo cree. ¿Es que te vas ahora?

MAXI. Sí y no. Son las horas de mayor vacilación de

mi vida. A veces me da miedo asomarme dentro de mí, porque temo ver en ruinas o en peligro el eje recto y firme que constituye mi resorte vital. No sé si irme para no volver; no sé si quedarme para no marchar nunca.

LAURA. Has adelgazado, has envejecido: pareces otro hombre.

MAXI. ¿Parezco otro hombre? Probablemente lo soy. En pocos días la vida me ha baqueteado de tal manera; ha puesto tan duramente a prueba todas mis energías, que no sé si he salido de la prueba como era, como yo he querido ser siempre.

LAURA. ¡Pobre Máximo!... ¡Qué pena me das!... Eres un nuevo redentor crucificado. ¿Has visto cómo ha ido saliendo todo lo que yo te dije aquella tarde? Tú tenías fe en la gente, y la gente estuvo contigo hasta que creyó que ganaba estando a tu lado; cuando vió que llevaba la de perder, se desparramó como un rebaño en el que entraba el lobo. Todos te negaron... Todos se rindieron... ¿No has oído hoy durante la tarde las canciones de los que bajaban al pueblo para ofrecerme mañana en mis bodas regalos de flores y frutas? Son los mismos que hace unos meses te cantaron a ti y estuvieron a punto de arrastrarnos a nosotros... Este es un país sin remedio.

MAXI. No eche usted vinagre en la llaga, Laura Juana... La realidad es en buena parte así como usted la ve, como la veo yo, como la ven los mismos que son esta realidad y se avergüenzan de ella. Pero no es todo así. Crea usted que no es todo así. Hay muchos a quien ha rendido el hambre y el clamor de los que en su casa pedían pan; hay muchos otros a quien ha rendido su propia ignorancia. Hay, sin embargo, quienes no se han rendido.

LAURA. ¿Quiénes?

MAXI. Marco Antonio, que ha preferido marchar antes que entregarse; el hijo de la tía María, que

en sus últimos momentos, agonizando, dijo que moría satisfecho; algunos de los que están en la cárcel; yo.

LAURA. ¿Pero qué sois vosotros, tres, cuatro, diez, ciento, mil, ante las inmensas multitudes quietas, calladas, insensibles, resignadas?...

MAXI. No somos estas multitudes y ya es bastante. Somos probablemente la voz de la Historia que debiera ser; la conciencia de la Historia que no es; el cimiento de quien venga con ambiciones para hacer una Historia digna de nuestro tiempo.

LAURA. Sueñas todavía.

MAXI. Sí, sueño... Y si dejara de soñar quisiera morir.

LAURA. Eres admirable, Máximo. Yo pienso que hay que arrodillarse delante de ti. Crees en los hombres: los hombres te prueban que no creen en nada y sueñas; recibes en la cara la calumnia más infamante lanzada por los mismos hombres a quienes has cogido de la mano para enseñarlos a andar, y sueñas; el hambre y el dolor te consumen la vida, dejándote esquelético, y sueñas... ¿Qué hay en ti de divino que no se te consume la llama encendida que llevas en el corazón?

MAXI. Ni admirable, ni divino, Laura Juana. Nada de esto. Soy sencillamente un hombre. Un hombre con conciencia del deber y con firmeza para inspirar en el deber mi conducta. Un hombre que parece un héroe, por la sencilla razón de que los demás no son hombres siquiera. Un hombre, como los hay en todos los sitios, donde los hombres, son hombres. Pero, repítame usted, Laura Juana, estas palabras que me ha dicho. Son excesivas. No las merezco. Pero, ¡cómo regalan mis oídos!, ¡cómo me fortalecen! Parece que por mi alma pasa un agua clara y limpia de todas sus impurezas. Parece como si usted entrara en mi corazón y con sus manos blancas le arrancara todas las espinas que los hombres han ido clavando en él.

LAURA. A mí también me gusta oírte a ti. Eres el único acento viril que ha sonado en estas montañas. Parece que estando contigo no estoy aquí. Que estoy en otras tierras, entre otras gentes, con las que yo desearía pasar toda mi vida.

MAXI. ¿Se acuerda usted, Laura Juana, cuando éramos pequeños, dos chiquillos los dos? ¡Cuántas veces hemos pasado horas y horas, bajo estos árboles, jugando!

LAURA. Jugando y haciendo fantasías. Tejiendo una vida fantástica, que nuestra niñez, que no conocía de malos caminos, ni de caminos que se cierran cuando uno cree andar más seguro por ellos, iba dibujando, con los únicos colores que el sueño conoce: el azul, el blanco, el rojo... Aquí, me dijiste un día: yo no seré como ha sido mi padre. Seré un general muy afamado que gane victorias con mi espada y conquiste muchas tierras para mi país... Mejor un sabio, te contesté yo: un sabio que sepa muchas cosas y haga descubrimientos que sorprendan a todo el mundo. Nos lo decíamos muy serios, como si nuestros deseos dependiera de nuestra voluntad el lograrlos.

MAXI. Aquí, me dijo usted un día, también: yo no quiero ser, cuando sea mayor, una mujer como las demás, como esas desdichadas que no conocen más que las paredes de su casa o de su aldea. No quiero ser una señorita de pueblo, casada con un señorito rico... Mi aspiración es ver mundos, casarme con un hombre que tenga mucho nombre, estar muy unida a el, ser su compañera de todos los momentos.

LAURA. Ya ves qué fantasías...

MAXI. Yo no me doy por vencido aún... No sé dónde llegaré; no sé qué seré. Pero no me doy por vencido. Los horizontes hacia donde van mis ojos, están aún inflamados de luces de aurora y me siento con ímpetu para llegar a ellos...

LAURA. Tú, sí, Máximo. Eres joven; estás libre. Sueñas. Tienes un ideal. Puedes volar donde quie-

ras. ¿Quién pone plomo en tus alas? La vida ha sido hasta hoy tu enemiga y has sabido hasta hoy vencerla y salir, no por donde ella te arrastraba, sino por donde tu voluntad se ha empeñado en ir. Pocos pueden hablar como tú. Ni la miseria, ni la calumnia, ni la soledad te vencen. Sales en línea recta y caminas en línea recta aunque encuentres un foso, aunque encuentres un monte infranqueable... Tú, sí... No serás ni un general, ni un sablo, lo que querías ser cuando niño; pero serás lo que quieres ser ahora que ya eres hombre. Tú, sí... Yo ya he renunciado a todas mis fantasías... Seré lo que no quise ser: la señorita de pueblo. ¿Me ha encadenado mi propia cobardía? ¿Me han encadenado? Vé tú a saber quién tiene la culpa: si yo; si los demás. Vé a saber si son los que no quise ser: la señorita de pueblo. ¿Me cho este mal o si el mal me lo hice yo misma, impotente para hacer de mis fantasías las realidades de mi vida.

MAXI. Rebélese. Aún es tiempo.

LAURA. ¿Tiempo de qué?

MAXI. De desencadenarse. De imponer sus fantasías a las realidades; de ser la mujer que debe ser, que puede ser. De ser en la vida toda la mujer que es usted por dentro. De no dejar morir, de no enterrar aquí el espíritu poderoso de mujer que hay en usted.

LAURA. Es ya tarde para todo, Máximo. Me ha vencido el ambiente. Yo sé cómo estas flores y estos cantos, más que para la boda, son para la mujer que muere mañana en mí y que ya arrastraré siempre... Son flores y cantos a unos sueños que fueron... Qué feliz es quien pueda hacer su vida de sueños y ser sueños toda su vida.

MAXI. Uusted puede aún ser feliz así.

LAURA. No, Máximo.

MAXI. Sí, Laura Juana.

LAURA. ¿Y con quién?

MAXI. ¿Con quién? *(Larga pausa. Máximo tiende las manos a Laura Juana. Laura Juana se las tiende a él inconscientemente. Quedan cogidos uno al otro.)* Si yo supiera quién pudiera ser el hombre que hiciera feliz a usted, que amara a esta mujer que es usted, esta mujer que muere ahora, que deseaba ser eterna cuando era niña, iría a buscarlo para traérselo... Si yo creyera que usted pudiera ver que este hombre soy yo, le diría: Laura Juana, sea mía. Sea mía para ser usted, para ser todo yo de usted. Para ser yo el hombre que usted soñaba; para hacer yo la de usted la mujer que usted soñaba ser.

LAURA. ¿Qué dices, Máximo?

MAXI. Perdóneme, perdóneme, Laura Juana. Han sido una locura mis palabras. Pero era una locura que me hervía en las entrañas. La adoro a usted. La imposibilidad de lograrla ha sacudido mi pasión. Quería irme. No volver. Pero me traía aquí un instinto superior a mi voluntad. No sabe usted qué días y qué torturas sufre mi alma.

LAURA. Máximo. Máximo... Y si yo te dijera que, sin mirar quién eras, ni de dónde venías, ni adónde ibas, he pensado en ti y que no me ha dolido la difamación del pueblo acusándome de haber sido tuya, porque la ilusión de haberlo podido ser me satisfacía más que podía amargarme la culpa por haberlo sido.

MAXI. ¿Son verdad, Laura Juana, estas palabras?

LAURA. Verdad, como tú y como yo.

MAXI. Pues, si son verdad, rompa con todo, venga conmigo. Yo trabajaré por usted; yo...

LAURA. No, Máximo. Este fué un sueño que se borró también; un sueño que mañana morirá del todo. Mi vida tiene ya otro rumbo. Déjame seguirlo y deja para mi sola el peso de arrastrar ya una vida, toda una vida sin sueños. Vete. Vete lejos. Que sean para ti todas las coronas de gloria, que todas las mereces. Mi orgullo habría

sido podértelas ceñir yo, ser tu guia, tu hermana, tu compañera. Ya no puede ser... Vete, y si guardas para mí piedad o amor, vete y que no te vea nunca más.

MAXI. Venga usted; ven tú conmigo.

LAURA. No, Máximo. Te engañas. ¿Renunciarías tú a tus ideales por mí?

MAXI. ¿Me seguiría queriendo usted, me seguirías queriendo tú si yo fuera mañana otro hombre del que soy?

LAURA. Tal vez, no. Tal vez te aborreciera. Probablemente lo que adoro en ti es tu vida recta... Pero no hablemos más, Máximo... Sigue tu camino y yo sigo el mío. Tú vete por el mundo a ser hombre. Yo me quedo enterrada aquí. Sé tú lo que quisiste ser, ya que yo me condeno a ser todo lo contrario de lo que anhelé. Dejame. Vete. Démonos la mano como buenos amigos y guardemos en el corazón la fragancia de este afecto que por no haberse satisfecho sera vivo y puro siempre.

MAXI. ¡Laura Juana! *(La voz de Pepe Luis, dentro.)* ¡Laura Juana!

LAURA. Es Pepe Luis que viene a buscarme. Por Dios, Máximo. Por mí, si me quieres, márchate.

MAXI. No.

LAURA. *(Muy imperativa.)* ¡Vete! La mano bien apretada. Tu mano en la mía; que mi recuerdo te sirva de estimulo. Vete. Te lo mando. *(Máximo desaparece entre los árboles.)*

ESCENA VIII

LAURA JUANA y PEPE LUIS.

J. LUIS. ¿Estabas con alguien? Me ha parecido oírte.

LAURA. Hablaba en voz alta. Me despedía de los árboles, de la casa.

J. LUIS. Estás excitada, nerviosa.

LAURA. Sí.

J. LUIS. He subido a buscarte. Está muy mal el camino. No he querido que vinieras sola con el tío Pablo. Está el pueblo que da gusto; todo él lleno de gente que va en bandadas de una parte a otra y se agolpa en la puerta de casa reclamando la presencia de la novia. La casa está llena de flores. Ahora comenzaban a prepararse las músicas, y en seguida echarán las campanas al vuelo. No se recuerda una fiesta igual. ¿No estás contenta?

LAURA. Sí; muy contenta.

J. LUIS. ¿No me quieres?

LAURA. Ya lo sabes. ¿Por qué me lo preguntas? Llama a tío Pablo para que nos vayamos.

J. LUIS. *(Llamando.)* Pablo; tío Pablo. Vamos ya. ¿Qué tienes? ¿Lloras?

LAURA. No. No lloro.

J. LUIS. ¿Estás temblando? ¿Tienes frío?

LAURA. Sí. Tengo frío... Siento, sobre todo, frío en el corazón. Es como si el corazón se me helara.

J. LUIS. Es que estás impresionada. Acércate a mí. Vámonos al coche. ¡Pablo! Venga usted aprisa. Parece que se oye ruído en los árboles, que va alguien entre ellos. ¿Quién hay? *(Gritando.)* ¿Quién se mueve por ahí? Será algún perro, o el viento...

LAURA. No es nadie. Vamos de prisa, Pepe Luis. Tengo miedo.

J. LUIS. Apóyate en mi brazo. ¿Pero lloras otra vez? ¿Qué tienes? *(Salen de la escena los dos. Después sale tío Pablo de la casa. Cierra la puerta. Atraviesa lentamente la escena.)*

T. PAB. Está la noche fría. Aquí han quedado algunas flores abandonadas. Ya se ven las luces del pueblo. *(Marcha.)*

Idas Rectas   cancion del M

Copla

Tam_bien la leña del campo ___

na sir.ve para santos____

le quiero moli nero___ que me dá

ro labrador que coja las mulas y se

dar_ _ y à la media noche me venga

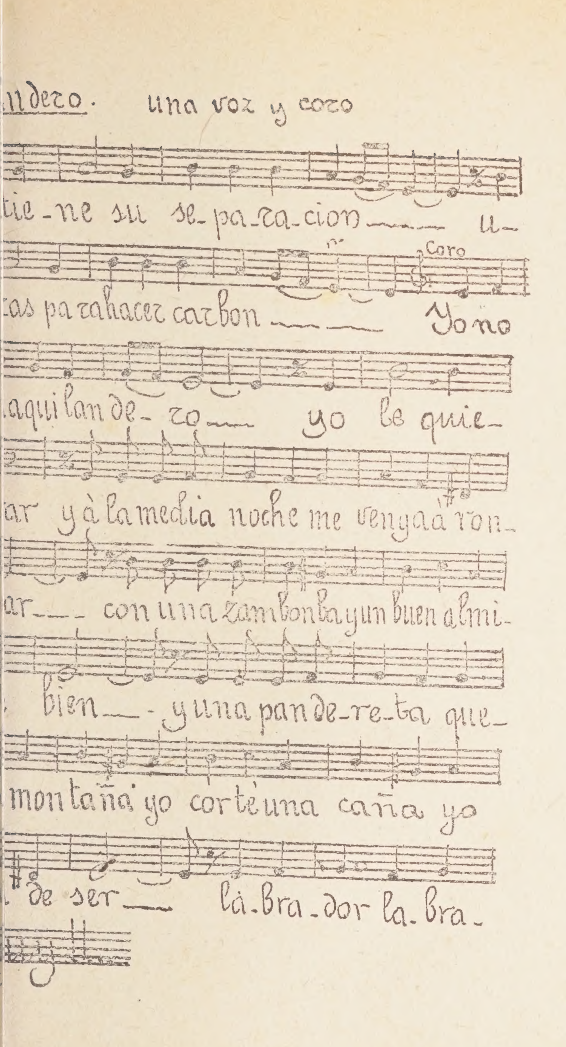
rez___ y una pande- re-ta que

re.tumbe bien._ _ a-llá arri-ba en

corte una nuez_ labra_dor labra

(grito)

dor ha de ser__



ndero. una voz y coro
tie-ne su se-pa-ra-cion u-
Coro
as pa ra hacer carbon Yo no
aquilan de- ro yo le quie-
ar y à la media noche me venga à ron-
ar con una zambonba y un buen almi-
bien y una pan de-re-ta que-
montaña yo cortè una caña yo
de ser la-bra-dor la-bra-

ESCENA ULTIMA

Queda un largo momento la escena sola. Vuelve después a aparecer MÁXIMO, *que sale de la arboleda.*

MAXI. Se va. Ahora da el coche la vuelta al camino... Ahora entra ya en el camino llano. Ya no se ve... *(Se sienta en una piedra.)* ¿Me ha querido esa mujer? ¿Me quiere? ¿La quiero yo como creo quererla cuando al verla marchar con otro hombre no se la arranco de las manos? ¿Qué ha sido esa mujer en mi vida? ¿Qué será en ella? ¿Es el convencimiento de que no la merezco aún lo que me hace ser cobarde? Siento un peso enorme dentro de mí, y parece como si se hubieran roto de un golpe todas las alas de mi espíritu. ¡Qué solo me encuentro! ¡Qué solo me han dejado! Parece como si hasta mi corazón me abandonara. *(Oyense cantos en el pueblo y el tañido de las campanas lanzadas al vuelo.)* ¡Qué pueblo ése! Canta a quien ayer quería arrastrar; sabe que ésta que celebra no es una fiesta de amor, y canta como si lo fuera, engañándose él, engañando a quien le canta... Esas campanas de iglesia redoblan sabiendo que la bendición de Dios cae sobre dos almas que se aborrecen... Repica, campanario sacrílego, repica. Canta, canta tú, hombre y mujer, que cantas a quien odias. Dan ganas de tirarte piedras desde aquí, pueblo mío; de hundirte bajo la montaña. Dan ganas de abandonarte a tu suerte; de salvarse uno solo, sea como sea, por los caminos que sea... Tiene razón Laura Juana: ¡Cuánto cuesta y qué amargo es ser bueno en un pueblo malo! ¿Eres, pueblo, así, porque no cuidaron que fueras de otro modo; porque no te interesa ser de otro modo; porque no pones voluntad en ser de otro modo o porque estás condenado a ser siempre como eres? *(Los cantos y los tañidos son cada vez más vivos; óyense músi-*

cas, y, en la lejanía, distínguese el rayo de luz de los cohetes festeros.) Cantad, repicad. Me vienen impulsos de bajar a la fiesta y envilecerme como todos en ella; de coger flores y tirarlas sobre Laura Juana, cuando pase cogida del brazo de ese hombre a quien desprecia; de colgarme a la cuerda de la campana de la iglesia y repicar más alegre que nunca; de arrodillarme ante don Rodrigo, besarle las manos y los pies, y pedirle que me dé un trozo de pan bajo su techo y suplicarle perdón por lo que hizo aquel Máximo loco, que yo repudio de mí para siempre... Me dan ansias de renunciar a ser hijo de mis obras y resignarme a ser hijo de mis padres. *(Incorporándose resueltamente.)* Pero, no; por encima del barro que llega a la cara; por muchas que sean las espinas que los que más nos amen o más nos odien claven en nuestro corazón, solos o acompañados, vencedores o vencidos, adelante. Adelante siempre por el mismo camino recto. *(Las campanas y las músicas siguen. Máximo desaparece entre los árboles.)*

FIN DE "VIDAS RECTAS"

Santa Cruz de la Zarza (Toledo).
Noviembre 1924.

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor,* por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías,* por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca,* por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio,* por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde,* por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal,* por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal,* por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!,* por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco,* por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan,* por J. I. Luca de Tena.
11 *La garra,* por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara,* por A. Hernández Catá.